

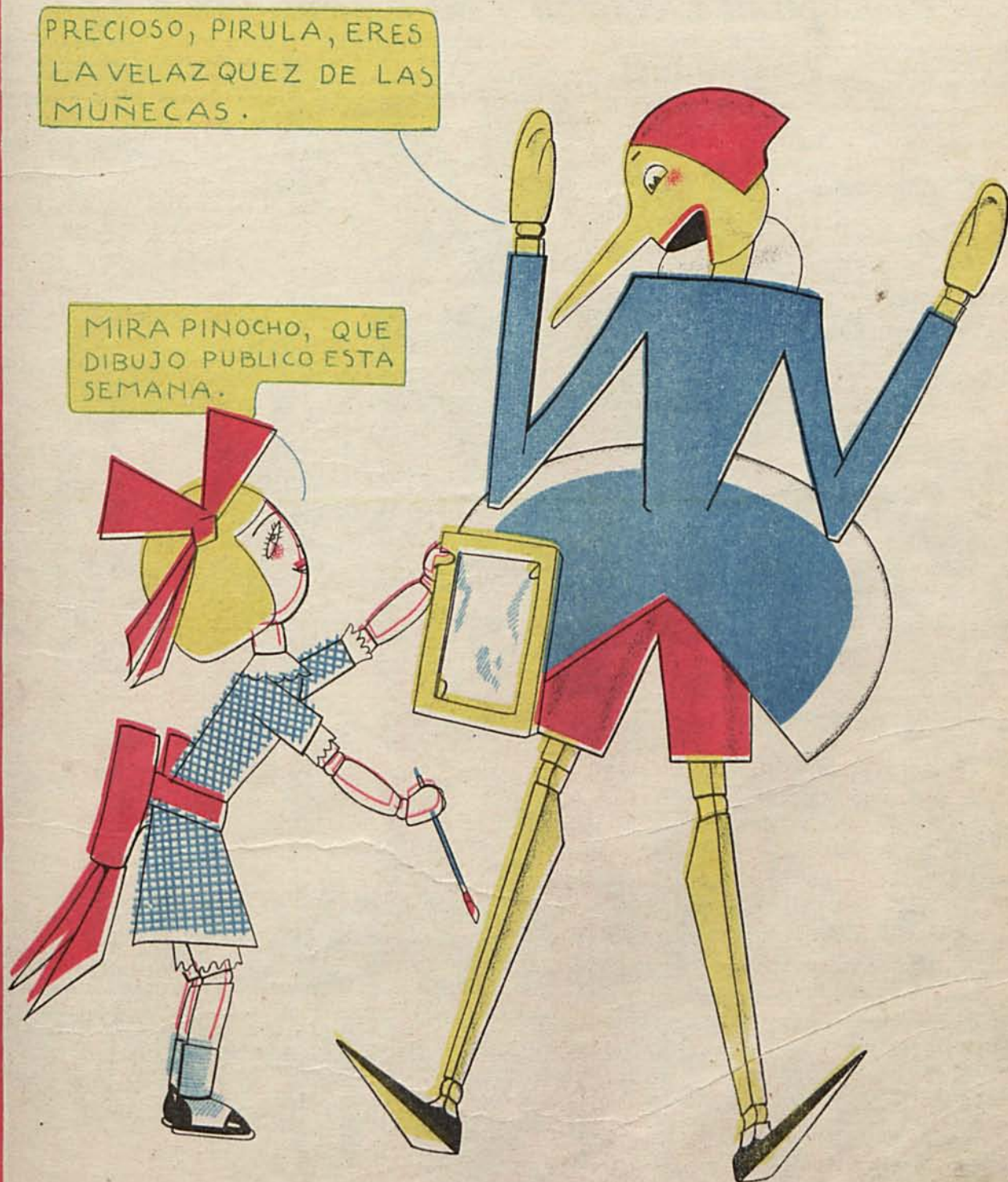
PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II
NUM 57

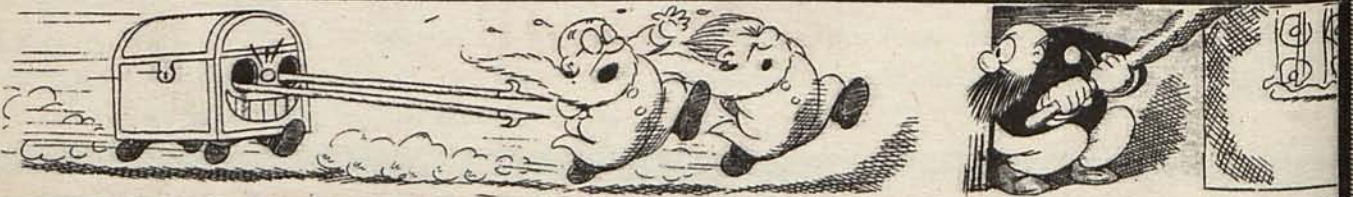
40 Cents.

21 MARZO
1926

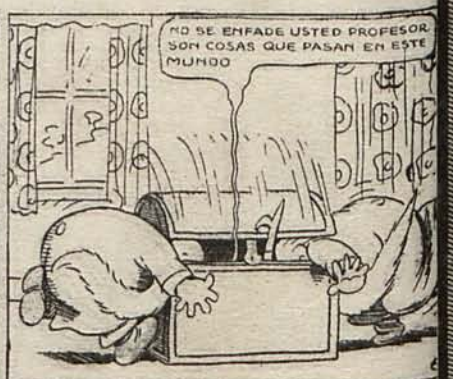
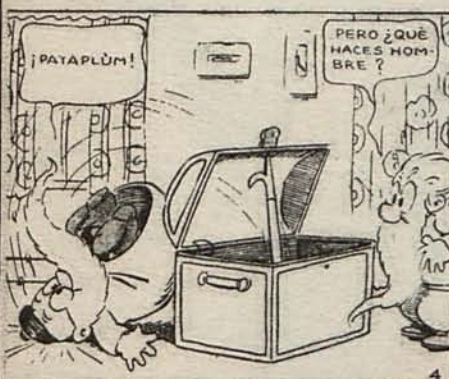


PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIAN.— ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.— SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS OTROS PAÍSES. AÑO 30 PESETAS.



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



© 1925 by Int'l. Feature Service, Inc.
Great Britain rights reserved



PINOCHO Y LOS DEPORTES



Nuestros colaboradores.

El atletismo.

«De todos los deportes, el más recomendable por su clasicismo y su íntima relación con la cultura física es el atletismo». Esto se afirmaba hace tiempo, en esta Revista, en una admirable página de divulgación deportiva. Se lamentaba en ella el comentarista de que no existiera en España el atletismo tal y como lo hay, por ejemplo, en Inglaterra y los Estados Unidos. Ello es verdad, pero no en el sentido amplio, profundamente pesimista, que se observaba.

Es cierto que en España el deporte constituye desde hace poco tiempo una real y seria preocupación. Pero es cierto asimismo que hoy día España en el deporte puede parangonarse con las naciones que mayores triunfos hayan alcanzado.

Refiriéndonos sólo y exclusivamente al atletismo diremos, sin temor a equivocarnos, que existen en Madrid, Barcelona, Bilbao, San Sebastián, Valencia y Sevilla muestras inequívocas de afición seria, profunda, al atletismo.

Dentro del atletismo, es el pedestismo el ejercicio más popular, y sus recientes concursos manifiestan patentemente a qué punto ha llegado la afición en España a semejante deporte.

Hay que tener en cuenta que es el atletismo, entre todas las formas de educación física, el que mejor puede desarrollar nuestros músculos. La antigüedad del atletismo data de los mejores tiempos de Grecia, y fijémonos cómo en los países que marchan a la cabeza de la civilización, el atletismo tiene una importancia excepcional.

Así parece reconocerlo nuestra patria, y vemos el florecimiento con inusitado regocijo.

JUANITO KIR.

En Buenos Aires.

«Sportivo Chapete», 3; «Pinocho Juniors», 1.

El partido resultó sumamente movido y equilibrado, pudiéndose decir que venció el team que aprovechó mejor las oportunidades.

A las once horas y veinte minutos, el «referee», Sr. Luis Olivari, dió comienzo a la lucha; los primeros minutos fueron favorables al «Pinocho Juniors», cuyos delanteros pusieron en serios aprietos a la valla «Chapetista».

Sin embargo, a los siete minutos de juego los «Chapetistas» estuvieron a punto de señalar el primer «goal»; Contán hace un quite a Zottola (Alberto), cediéndosela a Ciorciari, quien, esquivando al «hall», realiza una rápida corrida por su «wiung», para hacer luego un hermoso centro que recibe Zugasti, «shoteando» rápida-



Barroso, el excelente guardameta del «Atletico», en una de sus magnificas paradas, en el partido de campeonato contra el «Real Madrid».

mente al arco; pero la pelota pega en el travesaño, rebotando al «field», donde la vuelve a tomar Zugasti cabeceando al arco; pero Caliori, sin que las circunstancias lo apremiaran, cometió un «hans» penal intencional que no tuvo consecuencia, pues la pelota fué afuera, perdiéndose una inmejorable ocasión para abrir el «score».

Dos «goals» en tres minutos.—A los veintidós minutos, Bruno, luego de una veloz corrida, hace un buen centro que lo recibe Zugasti, quien sin pérdida de tiempo, con un tiro débil, pero esquinado, señala el primer tanto. A los tres minutos más tarde M. E. Villegas hace un pase a Zottola, pero Contán, en su afán de anularlo, comete «hans»; muy cerca del área penal, el mismo M. E. Villegas se encarga de ejecutar la pena, y lo hace con un tiro formidable que, luego de pegar en la arista inferior del travesaño, se convierte en tanto. Fué éste un «goal» magnífico.

En los minutos que restaban para la terminación de este tiempo se produjeron varias jugadas interesantes, pero no hubo más «goals».

A los cinco minutos del segundo periodo, Ciorciari pateó al arco en gran forma; pero Decoza, mediante un buen esfuerzo, logró desviarle algo la dirección, sin conseguir, sin embargo, que la pelota chocando con el travesaño volviese al «field», donde la tomó Zugasti, quien, con un oportuno golpe de cabeza, marcó el segundo «goal» «Chapetista».

Los «Pinochistas», lejos de acobardarse por este contraste, comenzaron a atacar a la valla contraria; pero entre Serrano, Di Sanzo y Sambuceti desbarataron todos los avances.

Cuando faltaban tres minutos, Raffo, después de un esfuerzo individual, marcó el último «goal» del partido.

Los teams formaron así:

«Sportivo Pinocho».—Sambuceti; Serrano y Di Sanzo; Raffo, Aloze y Contán; Bruno, Ríos, Zugasti, Casado y Ciorciari.
«Pinocho Juniors».—De Cosa; R. Zottola y Arias; Caliori, Cirulo y Tornay; R. Villegas, A. Zottola, M. Villegas, Di Benedetto y Lemor.

Correctísimamente actuó el «referee», Sr. Luis Olivari.

MISTER BULL.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, amigo buho, qué son las mareas.

—Yo te lo diré.

—Me han hablado de que en los puertos de mar, en las bahías y en los diques, puede observarse este raro fenómeno, que yo, la verdad, por no haber salido de Madrid, no he visto nunca.

—Y no te han mentido, querido Chonón. Si estuviéramos ahora en San Sebastián, en Barcelona, en un puerto de mar cualquiera, podrías observar las mareas, que son, como sabes, ciertos movimientos del mar que nada tienen que ver con el oleaje.

—¿Y en qué consisten esos movimientos?

—Durante las mareas, el mar crece y decrece, como si efectivamente aumentara y disminuyera la cantidad de sus aguas. A ello se llama flujo y reflujo. Durante el flujo el mar aumenta al parecer. Si estuviéramos en un puerto, verías cómo el agua, que antes de la marea llegaba tan sólo al último peldaño de su embarcadero, sube ahora en el flujo, cubriendo tres, cinco o seis peldaños. Durante el reflujo, en cambio, la marea decrece y vuelve a su nivel normal.

—¿Y a qué se debe este fenómeno?

—A varias causas, pero principalmente, a la luna.

—¿A la luna?

—Sí, a la luna, y a otras circunstancias más.

—¿Y qué tiene que ver la luna con el mar?

—En este caso, mucho, querido Chonón. La luna atrae a las aguas, porque la materia atrae a la materia, y si en la luna hubiera agua, mares, también habría en ellos mareas, mucho más fuertes y visibles, merced a la atracción que la tierra ejercería sobre dichos supuestos mares. Entre las mareas y los días existe una relación muy estrechísima, que ya los más primitivos hombres adivinaron.

—Y el sol, ¿no influye en las mareas?

—También ejerce influencia en este fenómeno, pero su acción, sin embargo, disminuye rápidamente a medida que aumenta la distancia.

—¿Pero el sol no es mayor que la luna?

—Aunque el sol es mayor que la luna, como la distancia a que se encuentra aquél de nosotros es mucho mayor, su influencia es nimia comparada con la que ejerce sobre nuestros mares el satélite la luna.

—¿Tú has visto las mareas, buho?

—Muchas veces, Chonón.

LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

—¿Qué hacemos, doctor? ¿Los perseguimos?
—Sí; pero antes vamos a ver este manantial de fuego.
—¿Qué esperáis encontrar?
—Alguna huella que puedan haber dejado por ahí.
—Tenéis razón, doctor.

Seguros ya de no ser sorprendidos por los misteriosos individuos, salieron de la sombra y atravesando la playa llegaron al pie del pequeño volcán.

Este continuaba aún en erupción, lanzando una hermosa llamada de tres o cuatro metros de luz blanquecina, que se abría en forma de abanico. Una detonación incesante acompañaba a la erupción.

Las arenas que circundaban aquel montón de rocas parecían estar también saturadas de gas, porque a la simple presión de los pies se oían pequeñas explosiones que esparcían a su alrededor agudo olor a hidrógeno.

El doctor encendió una cerilla y la acercó al suelo. Inmediatamente serpentearon entre las arenas pequeñas llamas formando zig-zags caprichosos.

—Hay un verdadero gasómetro aquí debajo —dijo—. Sería una verdadera fortuna si se le pudiera utilizar.

—¿No estaremos en peligro de que una explosión nos eche por los aires, medio asados? —dijo Vicente.

—No tengas miedo —contestó el doctor—. Estoy pensando, en cambio, que vamos ahora a aprovechar esas llamas.

—¿Para qué?

—Para hacernos la comida, Vicente; pues antes de seguir la persecución de esos hombres comeremos aquí.

—Para tomar fuerzas, ¿eh? —dijo Roberto.

—Demos antes la vuelta a este volcán —dijo Vicente—. Me parece imposible que no hallemos ninguna huella.

Habían ya dado casi la vuelta completa, cuando Roberto se abalanzó sobre una roca, inclinándose hacia el suelo.

—¿Qué has visto? —dijo Vicente, empuñando su revólver—. ¿Hay alguien escondido dentro?

—No; aquí deben haber acampado y se tienen que haber olvidado algo —dijo Roberto.

—¿Algún pollo asado? Con gusto me lo comería.

—Una faja —dijo Roberto, enseñando una de lana roja, algo estropeada.

Vicente la cogió para examinarla detenidamente, por si tenía alguna indicación del nombre del dueño o alguna inicial.

—Nada —dijo con desprecio—. Es una faja de marinero.

Miró detrás de las rocas y vió esparcidas por el suelo migajas de pan, una corteza de queso y una espina de pescado. Sin duda aquellos desconocidos exploradores se habían detenido allí para comer.

—¿Qué le parece todo esto, doctor —dijo.

—Que no sabemos con ello más que antes.

—Esperad, señor Bandi; veo que allí el terreno es húmedo y arenoso.

—Y qué?

—Que puede haber huellas de su paso. Esos hombres han debido atravesar por ahí la playa para embarcarse.

Se dirigieron hacia el sitio indicado e hicieron alto junto a un regato que se perdía bajo un banco de arena.

—No me había engañado —dijo Vicente con aire de triunfo— ¡He ahí las huellas!

—Sí; pero..., ¡por Baco! Son las huellas de tres pies distintos —exclamó el doctor—. Así, pues, esos desconocidos no iban solos.

—Son pies desnudos —observó Roberto.

—Y dos de ellos son tan grandes que me hacen pensar en los pies descomunales del sinvergüenza de Simón —dijo Vicente—. ¿Adónde habrán huido esos marineros?

—Habrán entrado en el canal —contestó el doctor.

—Tengo ganas de saber si tienen una chalupa tan ligera o más que la nuestra —dijo Roberto.

—¡Bah! de todas maneras les alcanzaremos —dijo Vicente—. ¡Comamos un bocado, y después, a cazarlos!

Volvieron a la canoa, y, aprovechando un pequeño escape del gas que ardía en la base del volcán, pusieron a cocer la comida.

Esta fué pronto despachada y después se embarcaron los cuatro exploradores decididos a perseguir a aquellos misteriosos individuos que tantas precauciones tomaban para no dejarse seguir.

Una vez dentro del túnel, fijaron sus miradas en las bóvedas tenebrosas, con la esperanza de poder descubrir a lo lejos algún punto luminoso, pero en vano. La gran galería era negra como si fuese de una mina de carbón.

—¡Por cien mil merluzas! —exclamó Vicente, con ira—. ¿Dónde se habrán escondido esos bribones?

—¿Se habrán detenido en algún sitio? —dijo Miguel—. Es imposible que naveguen por aquí sin luces.

—¿Y quién te dice que no tienen alguna linterna encendida? —dijo el doctor.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Vicente.

—Que pueden llevar cubierta la parte posterior de la lámpara para impedirnos que podamos verla.

—¡Por mil tiburones! ¡No había pensado en ello!... ¡Ah, qué bribones!...

—¿Y no podemos hacer nosotros nada para engañarles? —dijo Miguel.

—Absolutamente nada, pues tenemos necesidad de ver lo que tenemos delante para no chocar contra cualquier obstáculo imprevisto.

—Entonces nos verán ellos, doctor.

—Ya lo sé; pero no podemos obrar de otro modo.

—No importa —dijo Vicente—. ¡A los remos y adelante con todas las fuerzas! ¡Vivos!...

¡Todos somos robustos, y, además, somos cuatro!...

La canoa, bajo el impulso vigoroso de los cuatro remos, avanzaba rápidamente atravesando las lóbregas arcadas del canal.

Como resultaba difícil no hacerse visible a los perseguidos, el doctor había encendido una antorcha, que colocó en la proa, para poder observar mejor la segunda parte del canal.

Sus dimensiones eran iguales al primer trozo que desembocaba en la laguna Veneta. Las bóvedas y las paredes estaban mejor labradas quizá a causa de la mejor calidad de la roca, especie de piedra caliza grisácea y casi porosa, muy fácil, por lo tanto, de perforar.

La profundidad del agua estaba también en relación con la altura de la bóveda. Parecía como si aquel valiente ingeniero que la ideó hubiese pensado en las futuras dimensiones de las naves modernas.

Los grandes acorazados podían recorrer aquel túnel sin ninguna dificultad, bastaba con recoger las arboladuras, que ya son de bastante poca utilidad.

(Continuará en el número próximo.)





EL CALIFA LADRON

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

—¡Infame Chamama!—decía entre sí el Califa, oyendo tales razones—. Caras me has de pagar tu conducta y tu moral; yo haré en ti un escarmiento ejemplar.

Y pensando esto discurrió de qué medio se valdría para entrar sin ser visto en casa de Omaljair. Estaba contigua a los jardines de un gran palacio, cuya puerta daba a una calle de al lado; este palacio era del emir Yunus, el jefe de los nobles de Bagdad, hombre cruel y sanguinario. La puerta de este palacio estaba alumbrada al interior por muchas lámparas; un esclavo se hallaba sentado en el zaguán, sobre un poyo de mármol. El esclavo, al ver entrar al Califa se levantó y se dirigió hacia él con el sable levantado; el Príncipe de los Fieles desenvainó el suyo, y se dispuso a atacarlo.

¡Ah, negro maldito!—dijo a aquel villano—. ¿Tú estás pronto a dar la muerte, sin esperar siquiera a hablar?

Las palabras del Sultán y la vista del sable hicieron tal efecto sobre el esclavo, que huyó temblando y fué a buscar refugio cerca de su señor. Este, admirado del desorden y de la turbación con que se le presentaba, le preguntó la causa.

—¡Señor!—le respondió el negro—. Yo estaba sentado en la puerta del palacio y se ha presentado un hombre de mal aspecto; he querido detenerlo, amenazándolo con mi sable, pero no se ha parado; ha desenvainado el suyo, y me ha hablado con tal voz de trueno, que he creído que sobre mi cabeza caía un rayo.

—¡Infame, holgazán!—gritó el emir Yunus—. Habrás tenido miedo de tu sombra; sin embargo, quiero saber quién es el atrevido que ha osado faltar al respeto a mi esclavo. ¿Dices que te ha llamado maldito? Su vida me responderá de esta insolencia; el que insulta a mi esclavo, me ataca a mí.

Y diciendo tales palabras, el emir Yunus se armó de una tremenda maza de bronce y salió de su aposento para buscar al que le había faltado al respeto.

El Califa, que se había detenido, vió venir a su encuentro al jefe de los emires, y lo reconoció; y, dirigiéndole la palabra, le preguntó: ¡Oh, Yunus! ¿Esta es tu casa?

Así que el emir oyó la voz del Califa, se le cayó la maza de las manos, se prosternó en tierra y allí quedó, diciendo:

—¡Príncipe de los Creyentes, tu esclavo está a tus pies y a tus órdenes!

—¿Mereces tú acaso recibirlas, hombre sin alma, ministro descuidado?—le dijo de mal talante el Sultán. Tú, el jefe de los emires, el encargado de este barrio, ¿qué haces para guardar el orden? Se veja, se violenta a una pobre mujer vecina tuya; y son el jefe de la policía, a la cabeza de sus bárbaros esbirros, quienes cometen esta indignidad, abusando de las prerrogativas de su cargo; y tú no te sirves de la autoridad del tuyo para reprimir este exceso. Tú duermes; quizá borracho, mientras tu esclavo os guarda a todos, y dejas tranquilamente que se insulte a tus iguales en tu misma puerta.

—¡Príncipe de los Creyentes!—respondió Yunus—. No tengo la menor noticia de este desorden de que ahora me hablas; si el ruido del exceso cometido por el jefe de la policía hubiese llegado hasta mí, hubiese tratado a él y a los suyos como se merecen; si tú, señor, me lo permites, iré a preguntarle si son ellos precisamente los que deben alterar el orden público.

—No hagas alarde de celo y de valor a deshora—contestó el Califa—. La casa insultada está contigua a los muros de tu jardín; pasaremos por él; quiero entrar en el aposento de estas mujeres ofendidas por medio de escalas; dámelas al momento.

Yunus obedeció. Atravesaron el jardín; el emir sostuvo con el pie la escalera apoyada contra el muro; con ayuda de otra el Califa descendió a la terraza de la casa en donde estaba su nueva esposa, y desde allí dijo a Yunus:

—¡Quédate ahí hasta que yo te llame!

Luego, acercándose a una ventana que daba al aposento, vió que, en realidad, el ingenio de su arquitecto había sabido hacer de aquel lugar una especie de paraíso terrestre. Las lámparas y los candelabros llenos de bujías daban una

luz comparable a la del día más espléndido; la joven esposa, iluminada por estas luces y soberbiamente vestida y adornada, resultaba la belleza ideal; era como el sol que se levantase en el horizonte de un cielo puro y límpido; la luna, en su día décimocuarto, no podía brillar con una luz ni tan viva ni tan suave. Harún Arraxid se quedó mirándola como en éxtasis, del cual lo sacó una exclamación de Omaljair:

—Hija mía, aporrean como energúmenos, la puerta se va a hacer pedazos. ¿Qué va a ser de nosotras en manos de estos tigres, pobres mujeres, que no tenemos más auxilio que el de Dios? ¿Qué colmo de fatalidad nos ha traído este miserable bandido, cuya alianza nos acaba de precipitar en el infortunio más cruel?

—¡Madre mía!—respondió la hija—, no me aflijas dolorosamente, tratando a mi esposo de ladrón. No creo que él lo sea; pero, por intermedio de vuestra voluntad, yo lo he recibido de manos de Dios y debo someterme al decreto que me ha unido a él; todos los reproches contra él caen también sobre mí.

Estas palabras encantaron al Califa; eran para sus oídos la más dulce melodía.

—¡Dios sea loado!—exclamó Amaljair—, ya que tú estás contenta con tu suerte, hija mía, también yo encuentro a tu esposo cualidades que no me desagradan; quisiera ser un pajarillo para ir a decirle que no viniera esta noche; de buena gana lo esperaría en la esquina de la calle para hacerle desandar el camino. Pero si llega, si cae en la emboscada y lo apresan, es hombre muerto. Estos malvados que están afuera lo van a descuartizar; luego vendrán a llevarse todo, y nosotras dos, hija mía, seremos corderos en la boca del lobo.

El Califa, para interrumpir estas lamentaciones, cogió una piedra y la tiró a una bujía que estaba al lado de la madre, y la apagó. Omaljair la volvió a encender, sin preocuparse de la causa de haberse apagado. Otra piedra apagó la bujía con que se había encendido la primera, y la buena mujer tomó otra tercera para encender aquella.

—Debe de hacer mucho viento—exclamó—, o algún genio del aire se entretiene en apagar las velas,

Conforme estaba hablando, le cayó un guijarro en la mano; dió un grito de sorpresa, miró hacia la ventana y vió detrás al Califa.

—¡Ahí tienes a tu esposo!—exclamó, dirigiéndose a su hija—. Viene por el camino que traen todos los de su calaña. Jamás el ladrón entra por la puerta para dar sus golpes de mano. ¡Atrévete a sostenerme todavía que no es un ladrón! Aquí lo tienes, libre, gracias a Dios, de las garras de la policía, y yo estoy contentísima de esto.

Y encarándose con él le dijo:

—Vuélvete de prisa por donde has venido; no corren por aquí buenos vientos. ¿No oyes el ruido que hacen en nuestra puerta otra banda de ladrones que no es la tuya? Estos energúmenos no te darán cuartel.

Mientras Omaljair echaba su discurso, el Califa se arrojó por la ventana de la habitación con la ligereza de un pájaro. Saludó respetuosamente a la madre y besó las manos de la hija, todo sin darle tiempo a hablar.

—¡Ladrón!—exclamó Omaljair—. Descuidate, cuando te buscan para hacerte perecer. Lo menos que te podía costar son las dos manos; esa es la manera de tratarlos, cuando se os hace gracia. ¿Es que no te da miedo esta gente?

—No, mi buena madre—respondió tranquilamente el Califa—; yo tengo muy visto todo esto, y tal como me veis estoy acostumbrado al ruido. Dejémoslos que hagan lo que quieran; de seguro que ellos han cenado ya y no tienen nada en qué ocuparse. Nosotros, mi esposa y yo, vamos a comer; el barullo que producen nos servirá de sinfonía. Sirvenos alguno de tus mejores platos; porque supongo que después de haber obsequiado espléndidamente a vuestros vecinos, aún habrá quedado alguna cosa.

(Continuará en el número próximo.)

COLORÍN Y SU PANDILLA



MISTER SOMIER Y LA BALLENA



os traía muy intrigados aquel extraño personaje llamado mister Somier.

Nadie conocía su vivienda, ni dónde iba a comer, ni dónde iba a dormir. En el Norte de Irlanda no se hablaba de otra cosa que de mister Somier. Aquel sombrero-chimenea, aquel chaqué de gorrión y aquellas botas de pato, eran cosa extraordinaria.

Llevaba siempre consigo un maletín de viaje y, atado a la pantorrilla, un perrito que no describiremos, porque era una birria con rabo.

Los pacíficos habitantes de Meryland veían casi todos los días a mister Somier y a su perrito cruzar de largo y a buen paso por la orillita del mar, pero nadie sabía a dónde iban, ni de dónde venían. El misterioso personaje y su ridículo perrito no hablaban nunca con nadie.

No extrañaremos que la curiosidad y la intriga cundieran por todas partes.

Nosotros, en calidad de reporteros de PINOCHO, estábamos más intrigados que nadie, y un día, encomendándonos a la estrella de nuestra suerte, decidimos acercarnos a él para romper el misterio que rodeaba a este personaje.

El perrito, dando muestras de un genio muy malo, nos dirigió unos ladridos que, según el diccionario perruno de que íbamos provistos, querían decir poco más o menos: —«Sois unos insolentes. No sé quién os manda meteros en las once varas de la camisa. Os podíais ir a freír espárragos.»

Era muy natural que nosotros no sintiéramos la menor inquietud por un perro chico, y que nos hiciésemos cargo de la situación. No hubo, pues, más remedio que obsequiar al perrito con un delicado «pirulí» para tranquilizarle los nervios.

Mister Somier, en cambio, nos recibió atentísimamente y nos estuvo haciendo ceremonias y reverencias hasta que se le acabó toda la cuerda.

—Ustedes dirán lo que quieren de mí —nos dijo—.

—Pues nosotros —le contestamos— deseáramos hacerle una entrevista.

—Con mucho gusto —replicó—. Siéntense ustedes y pregunten lo que les plazca.

Miramos a nuestro alrededor, pero como hay la mala costumbre de no amueblar las playas, no encontramos ni una sola silla y tuvimos que permanecer de pie.

—Quisiéramos —dijimos al amable mister— conocer algunos pormenores de su vida, que debe ser en extremo interesante.

—Pues verán ustedes —nos dijo—. ¡Nosotros vivimos en la ballena!

—Pero ¿qué dice usted, mister Somier?

Lo que ustedes oyen. ¡Nosotros vivimos en la ballena! Si me prestan atención y silencio les referiré nuestro modo de vivir, que como verán es tan sencillo como independiente.

Somos todo atención —le dijimos—, y en cuanto a silencio, tenga usted por seguro que una tumba a nuestro lado va a parecer una cotorra.

—Pues verán ustedes —comenzó mister Somier—. Una tarde íbamos mi perrito y yo de paseo por la orilla del mar. Esto no tiene nada de extraño, porque fué siempre mi paseo favorito, y es que de pequeños el mar y yo nos hemos criado juntos y no es raro que simpaticemos.

Llegamos a una roca y allí nos sentamos. Saqué mi ocarina y me puse a tocar. Media hora corta llevaría de concierto cuando de pronto surge de las aguas la ballena.

Mi perrito quiso huir, pero no pudo. La misma emoción y la cuerda que lo sujetaba a mi pierna no lo dejaron.

Yo no pude contener un gesto de desagrado; francamente he de declararles que hubiera preferido poder continuar tranquilamente mi paseo hasta la hora de cenar, pero la ballena, con su redonda cabezota apoyada en la arena y su enorme boca entreabierta, nos esperaba.

Pude advertir en el bicharraco una sonrisita que me molestó bastante; pero no quise hacer uso de mis fuerzas ni de mi habilidad en el boxeo.

Me guardé la ocarina, cogí a mi perrito bajo el brazo, y, lanzando un profundo suspiro de resignación, me metí por la boca y penetré en el interior. ¡Qué se le iba a hacer!

La ballena, que siempre tuvo horror a las corrientes de aire, cerró la boca.

Ya dentro de aquel monstruo decidí explorar el terreno; pero como la oscuridad era absoluta en el vientre de la ballena, hube de andar con muchas precauciones para no tirar los objetos.

Tuve la suerte de encontrar un quinqué de petróleo, un martillo, una escarpia y un aparatito de galena, objetos que debieron pertenecer a algún viajero que estuvo allí antes que yo.

Encendí el quinqué, y, por una abertura que daba a un departamento contiguo al mío, vi que entraba gran cantidad de agua en la que nadaban abundantes peces y esto me hizo comprender que la ballena estaba tomando su comida.

En un momento cogí una buena ración de pescado que asé a la llama del quinqué, y tanto mi perrito como yo quedamos muy satisfechos de la cena.

A los pocos instantes un fragor horrisono corrió por toda la estancia. Parecía como si cien motocicletas discutiesen a la vez.

En un principio creímos que una tempestad horrible se cernía sobre nosotros; pero bien pronto nos dimos cuenta de que se trataba simplemente del can-





to de la ballena. Se oía perfectamente al animalucho tararear la misma melodía que yo había tocado en mi ocarina.

Esto me producía gran satisfacción, pero el dichoso perrito se sintió molesto por aquel ruido, y como es más fresco que una madrugada en los Alpes, empezó a ladrar. La ballena, dando pruebas de su exquisita educación, se calló.

Nos disponíamos a acostarnos; pero no teniendo donde colgar la ropa cogí el martillo y clavé la escarpia en la pared. Esta escarpia me valió las más vivas protestas por parte de la ballena, que hasta intentó entrar para arrancarla, pero no lo pudo conseguir.

Entonces se inició en nuestra habitación un violento terremoto y después de unas sacudidas muy bruscas nos vimos violentamente arrojados a la playa.

Sin saber por qué ni por qué no nos pusieron de patitas en la calle.

La ballena desapareció mar adentro, no sin oír antes cuatro cosas que le tuvimos que decir, pues a mi perrito y a mí nos molestó mucho vernos despedidos del interior de la ballena donde disfrutábamos de una temperatura muy agradable y donde además podíamos comer un pescado fresquísimo sin costarnos un céntimo.

Desde aquel momento todos nuestros conocimientos en ciencias matemáticas los dedicamos al estudio de fórmulas que nos condujesen al descubrimiento de las causas del fenómeno de que acabábamos de ser víctimas.

Catorce días con catorce noches pasamos sin hacer otra cosa que números, fórmulas y cálculos; pero la solución no aparecía por ninguna parte.

Ya solo faltaban unos minutos para volvernos definitivamente locos, cuando veo que mi perrito aplaude frenéticamente y da en el aire tres saltos mortales de necesidad. Esta manifestación de regocijo correspondía al descubrimiento de la deseada fórmula.

En efecto, veíase en la pizarra con gruesos caracteres blancos esta maravillosa fórmula que era la clave de todas nuestras inquietudes y de todos nuestros desvelos:

$$\frac{X \times OK}{M} = \frac{Z.C.O}{K}$$

Esta fórmula, traducida al lenguaje corriente, quiere decir que, si multiplicamos el quinqué por la ocarina y dividimos el resultado por el maletín, obtendremos el valor de la ballena dividida por la escarpia.

De esta fórmula se deduce la siguiente consecuencia: Que a las ballenas les gusta extraordinariamente la música, y en cambio, les produce una gran molestia el aguijón de las escarpias.

Sólo nos faltaba comprobar prácticamente la exactitud de este principio.

Adquirí este maletín, donde llevo un quinqué, un martillo y una escarpia y nos encaminamos decididamente a la playa.

Saqué mi ocarina y di comienzo a la dulce melodía que nos había proporcionado la otra vez tan extraordinaria y agradable aventura.

Pocos instantes después aparecía una gigantesca ballena.

Se aproximó a nosotros, y entreabriendo sus descomunales mandíbulas, nos invitó a entrar. Sin dejar de tocar la ocarina, y, marcando marcialmente el paso, nos introdujimos en el interior.

¡Si vieran ustedes qué bienestar sentimos mi perrito y yo al encontrarnos nuevamente en el vientre de la ballena!

Nos dimos un gran banquete de pescado, y cuando creímos llegado el momento oportuno de salir al exterior, clavé la escarpia. Instantáneamente nos vimos lanzados a la playa.

Nuestro descubrimiento estaba coronado por el éxito más rotundo.

Esto vino a resolver satisfactoriamente el problema de nuestro

porvenir. Desde entonces ni nos preocupa el inquilinato ni la subida de las subsistencias. ¡Nosotros vivimos en la ballena! Cuando queremos entrar en ella toco la ocarina y cuando queremos salir a dar un paseito clavo la escarpia.

—Por cierto —nos dice mister Somier mirando su reloj— que es ya hora de que nos retiremos. Ustedes perdonarán que nos marchemos, pero es muy tarde.

Estrechó nuestra mano, nos ofreció su casa flotante y se separó de nosotros.

Al poco rato vimos que cruzaba el mar una enorme ballena y, a través de uno de sus ojos, distinguimos perfectamente a mister Somier y a su perrito que nos decían adiós con el pañuelo.

Nosotros nos quedamos completamente turulatos ante todo lo que acabábamos de oír y presenciar, y en cuanto salimos de nuestro asombro, nos encaminamos, sin decir una palabra a nadie, a las oficinas de los periódicos para que nos publicasen este anuncio:

**Urge profesor de ocarina para dos amigos.
Se pagará espléndidamente**

ENRIQUE CASTILLO.

EL GRAN SORTEO DE LOS SUSCRITORES

Os recuerdo que para tomar parte en este inmenso sorteo (el mejor de todos los que he hecho hasta ahora), hay que suscribirse o renovar la suscripción por un año antes del 30 de marzo de 1926. Y os recuerdo que entre los cincuenta premios magníficos de este sorteo, os ofrezco un Auto Citroen, un Pathe Baby con muchas películas, una magnífica máquina fotográfica, etcétera. Los regalos de este sorteo valen en total varios miles de pesetas.



POTIPÁN Y CAÑAMÓN

SI TUVIERAMOS DINERO NOS DARÍAMOS UN GRAN PASEO EN AUTO ¿VERDAD, CAÑAMÓN?



MIRA POTIPÁN, A ESE SEÑOR DEL AUTO SE LE HA CAÍDO ESTA CARTA

¡CARAY! VÁ DIRIGIDA A LA CONDESA DE PITIMINI - AVENIDA ANCHA 12 -



VAMOS A LLEVARSELA NOSOTROS. A LO MEJOR NOS DAN UNA BUENA PROPINA

¡QUÉ SORPRESA! ¡EL DUQUE DE ROCHEFORT QUE VIENE A CONOCERME! ¡NICOLÁS, DIGA EN SEGUIDA AL DUQUE QUE PASE!



¡QUÉ HONOR DE CONOCEROS, SEÑOR DUQUE! ME VERÉ MUY HONRADA DE QUE OS HOSPEDEIS EN MI PALACIO DURANTE VUESTRA ESTANCIA EN LA CIUDAD



EL SEÑOR QUERRÁ MUDARSE DE ROPA PARA LA COMIDA ¿VERDAD?



NO; ESTAMISMA ME LA VAS A LAVAR Y PLANCHAR EN UN INSTANTE

¿ASÍ QUE USTED ES EL PEQUEÑO HERMANO DEL DUQUE? MUY BIEN, PUES ESTE QUE AQUÍ VEIS ES MI ABUELO



¡CARAY! ¿Y NO ES MÁS QUE ESO SU ABUELO DE USTED?

NO ME HA COMPRENDIDO USTED. ESTE ES SOLO UN BUSTO. EL ERA UN GRAN BANQUERO QUE SE PASÓ LA VIDA EN EL BANCO



PUES MI ABUELO HACÍA LO MISMO

¿AH SÍ? ¿Y TENÍA MUCHO DINERO?



VA LO CREO, PERO LO COGIERON CUANDO SE IBA A ESCAPAR CON EL POR UNA VENTANA

¡QUÉ EXCÉNTRICO! ¡Y VIVIRÍA EN UN GRAN PALACIO!



SÍ, SEÑORA; ESTUVO MUCHO TIEMPO DE ORDENANZA EN UN BANCO DE BOSTON

¡NICOLÁS, NICOLÁS! ¿QUÉ BURLA ES ESTA? ¡DESPÍDE AHORA MISMO A ESE FRESCO!



PERDONE LA SEÑORA PERO CREO QUE EL SEÑOR DUQUE NO ESTÁ AHORA EN CONDICIONES DE SALIR A LA CALLE



HAZ LO QUE TE MANDO O TE DESPIDO A TI TAMBIÉN

¡YO QUE CREÍA HABER LLEGADO A SER DUQUE DE VERAS!



SI QUE NOS HEMOS LUCIDO, POTIPÁN



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



PINOCHISTAS PREMIADOS EN EL PRIMER GRAN SORTEO DE REGALOS DE "PINOCHO"



ALBERTO HUERTA CASAGRAU.
Una colección de la serie *Pinocho contra Chapete*.



JOSÉ LUIS PRIETO RODRÍGUEZ.
Ortígosa de Cameros. Una casa de muñecas.



PEPITO CALPENA.
Barcelona. Una locomotora.



JOSÉ LUIS DEL CASTILLO.
Madrid. Una bicicleta.



SAGRARIO GÓMEZ LÓPEZ.
Madrid. Una muñeca.



RAMÓN LÓPEZ.
Ejea de los Caballeros. Una colección de la serie
Pinocho contra Chapete.



ANA MARÍA ALONSO.
Madrid. Una muñeca.



TERESITA GARCÍA DORRELL.
Madrid. Una muñeca.



VICENTE CASTILLA LLANOS.
Madrid. Una colección de
aventuras *Pinocho contra*
Chapete.



FAUSTO BAZO BAREA.
Madrid. Una colección de
aventuras *Pinocho contra*
Chapete.



FELISA CÁMARA.
Madrid. Una colección de aventuras
Pinocho contra Chapete.



TOMÁS TORRES.
Madrid. Un tren eléc-
trico.



CÉSAR TAPIA SEDANO.
Madrid. Un tocador.



SEGUNDO NOMBELA.
Toledo. Un automóvil
Citroen.



EUGENIA LÓPEZ.
Badajoz. Un triciclo.



CARLOS ESCOSURA.
Madrid. Una colección de aventuras *Pinocho contra*
Chapete.



PABLO, JOSÉ ANTONIO Y LO-
RENZO LLANOS.—Almudévar.
Una colección de aventuras
Pinocho-Chapete.



HÉCTOR BUENDÍA.
Larache. Un triciclo.

PINOCHISTAS PREMIADOS EN EL GRAN SORTEO DE REGALOS NAVIDAD-REYES



FELICIANO BERNA.
Málaga.
60. Lote de libros.



LUCIANO LOBATO.
Salamanca.
35. Lote de libros.



RIGOBERTO MARDÍN.
Alicante.
65. Lote de libros.



CARMEN VARELA.
Santiago.
96. Lote de libros.



RAFAEL SENDÍN.
Madrid.
64. Lote de libros.



FRANCISCO MARÍN.
Madrid.
46. Lote de libros.



SILVINO ORTÍZ.
Chinchilla.
Tercer premio.
Una muñeca.



LUIS LAURAGORTA.
Argamasilla de Alba.
81. Lote de libros.



LEOPOLDO CUEVA.
Bancarrota.
85. Lote de libros.



LUISA SÁNCHEZ.
Madrid.
18. Lote de libros.



PEPITA VIDAL.
Madrid.
75. Lote de libros.



MATILDE M. COBO.
Arjona.
Noveno premio.
Una muñeca.



MARÍA TERESA DE JESÚS
URRUTIA.
Valladolid.
Séptimo premio. Un
balón, y 92. Lote de libros.



GLORIA OBAIZA.
Coruña.
20. Lote de libros.



ENRIQUE GONZÁLEZ.
Madrid.
68. Lote de libros.



PAQUITO MAZA.
Santander.
72. Lote de libros.



CARLOS MUÑOZ.
Madrid.
31. Lote de libros.



IGNACIO BRAAMANTE.
Madrid.
19. Lote de libros.



JUANITO IZQUIERDO.
Valencia.
38. Lote de libros.



ANTONIO POCH.
Santiago.
52. Lote de libros.



JOSÉ M.ª AZPEURRUTIA.
Vitoria.
50. Lote de libros.



SALVADOR AMORÓS.
Sevilla.
69. Lote de libros.



JOSÉ M.ª HIDALGO.
Vitoria.
24. Lote de libros.



JOSÉ SERRANO CUBILLO.
Villanueva Minas.
62. Lote de libros.



BERNARDO LUIS.
Algeciras.
56. Lote de libros.



CÉSAR DUQUE.
Ávila.
21. Lote de libros.



PEDRO GARCÍA.
Madrid.
49. Lote de libros.



RAFAEL BUENO.
Madrid.
41. Lote de libros.



MATÍAS JIMÉNEZ.
Estepona.
26. Lote de libros.



CLEMENTE CARTIER.
Madrid.
Premio décimosegundo. Una pluma
stillográfica.

MÁS PINOCHISTAS PREMIADOS



ALFONSITA ORTIZ.

83. Lote de libros.

Valdepeñas.



MARÍA ELENA SAENZ HERMÚA.

74. Lote de libros.

Madrid.



SOFÍA ARREGUI.

95. Lote de libros.

Madrid.



INÉS Y SALVADOR CAMPOS.

98. Lote de libros.

Valencia.



ANÍBAL GONZÁLEZ GÓMEZ.

Sevilla.—Favorecido con el cuarto premio del sorteo de febrero para los suscritores (5 pesetas en libros).



MARÍA CARMEN Y PRESENTACIÓN BENEGAS Y GÓMEZ.

Lote 130.221.

Brivesca.



GONZALO ARNÁIZ.

Madrid.—Favorecido con el primer premio del sorteo de febrero para los suscritores (25 pesetas en dinero).



MARÍA LUISA RUTE.

43. Lote de libros.

La Coruña.



JOAQUÍN LEÓN DEL PINO.

Málaga.—Favorecido con el tercer premio del sorteo de febrero para los suscritores (10 pesetas en libros).

El resto de los retratos de los Pinochistas premiados, se publicará según vayamos recibiendo las fotografías

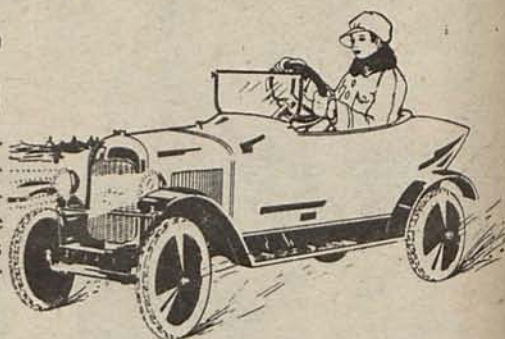
Apresuraos ahora a obtener billetes para el magno y colosal nuevo sorteo, destinado exclusivamente a mis suscritores y cuyas condiciones doy una vez más en la página siguiente. Recordad que sólo tenéis de plazo hasta el 30 de marzo para suscribiros, con opción a un número para el sorteo de esos magníficos regalos, QUE VALEN VARIOS MILES DE PESETAS

Ayuntamiento de Madrid

NUEVO GRAN SORTEO DE REGALOS

PRIMER PREMIO UN "AUTO" CITROEN

Este preciosísimo *auto* es completamente igual que los grandes de la famosa marca, y está construido en la misma Casa Citroen, de París, que hace los coches grandes. Tiene tres velocidades y marcha atrás, frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, bocina, aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías de sus NEUMATICOS DE VERDAD CONFORT MICHELIN, fabricados especialmente por MICHELIN para este *auto*. Además, tiene la ventaja de no gastar gasolina ni aceite y de robustecer las pantorrillas del conductor.



2.º premio. Un cinematógrafo completo Pathé Baby, con infinidad de películas y un precioso estuche.

3.º premio. Una caja de soldados, que es una verdadera maravilla.

4.º premio. Una máquina fotográfica.

5.º premio. Una espléndida casa de muñecas.

6.º premio. Un magnífico triciclo niquelado y con aros de goma.

7.º premio. Un precioso tocador para niña.

8.º premio. Una estupenda y artística muñeca.

9.º premio. Una locomotora mecánica.

10.º al 50.º premio. Un lote de libros de Calleja.

Todos los lectores de mi revista PINOCHO son Pinochistas, y a todos los quiero con todo mi corazón de madera, más ardiente y esforzado que muchos corazones de verdad. Pero hay unos Pinochistas especiales, unos Pinochistas para quienes es lo mejor de mi gratitud, porque ellos son los que mejor me demuestran su constancia y cariño y los que más me ayudan a poder publicar mi revista: esos son los **Pinochistas suscritores**.

Hasta ahora todos mis sorteos de regalos han sido también para los Pinochistas lectores; pero ya es hora de que yo dé un testimonio público y solemne de mi agradecimiento a mis fieles suscritores, a quienes tanto debo. Y por eso he organizado este magno sorteo de regalos dedicado a aquellos suscritores que, *renovando ahora su suscripción*, me acrediten la lealtad y firmeza de su pinochismo. **También entrarán en sorteo los Pinochistas que no habiendo sido suscritores hasta ahora, se suscriban antes de fin de Marzo**, enviando veinte pesetas a la Administración de PINOCHO directamente.

CONDICIONES DEL SORTEO

1.º Los números que entrarán en sorteo serán los números que llevan los recibos de suscripción por un año (expedidos por la Administración de PINOCHO). Pero **no** los números de todos los recibos de suscripción, sino precisamente los números de los recibos de suscripción **por un año**, cuya fecha (la fecha que tenga el recibo) esté comprendida entre el 1 de enero y el 30 de marzo de 1926. Es decir, que si el primer recibo extendido el 1 de enero de 1926 tiene, por ejemplo, el número 3.000, y el último recibo extendido el 30 de marzo de 1926 es, por ejemplo, el número 10.000, entrarán en sorteo siete mil números, que empezarán en el número 3.000 y acabarán en el número 10.000.

2.º Los Pinochistas cuyas suscripciones terminen después del 30 de marzo de 1926 pueden tomar parte en el sorteo *renovando su suscripción antes de terminarse*, con lo cual no sufrirán perjuicio alguno, porque la nueva suscripción se añadirá a la antigua, es decir, que la nueva no empezará a contarse hasta el número en que termine la antigua. Ejemplo: si la suscripción antigua termina en *junio de 1926* y el Pinochista la renueva en *marzo de 1926*, pues la suscripción antigua continuará sirviéndose hasta *junio de 1926*, y la nueva se servirá hasta *junio de 1927*.

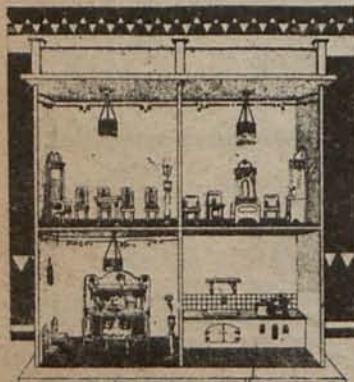
3.º Sólo entrarán en sorteo los recibos de suscri-

ción **por un año**, cuya fecha esté comprendida entre el 1 de enero y el 30 de marzo de 1926. Por tanto, no tomará parte en el sorteo quien no haya pagado una suscripción **por un año** en uno de esos tres meses. (En enero, o en febrero, o en marzo de 1926.) Por tanto, también, no entrarán en sorteo los recibos de suscripción que sean de semestre o de trimestre, ni entrarán tampoco en sorteo los recibos de suscripción que tengan fecha de antes del 1 de enero o de después del 30 de marzo de 1926. Tampoco hay más números para el sorteo que los de los recibos de suscripción. Por tanto, *nadie debe pedir números*.

El que abone una suscripción por un año antes del 30 de marzo de 1926 recibirá su recibo de suscripción, y **el número de su recibo de suscripción será su número para el sorteo**. El que no abone una suscripción por un año antes del 30 de marzo de 1926 *no podrá, de ninguna manera, tomar parte en este sorteo de regalos* y, por tanto, es inútil que pida su número como no sea enviando las veinte pesetas que importa la suscripción por un año, *en cuyo caso recibirá su número sin necesidad de pedirlo*.

Suponiendo que os habéis enterado bien, os abraza a todos vuestro amigo invariable,

PINOCHO



Una casa de muñecas como esta.



Un tocador de verdad como este.



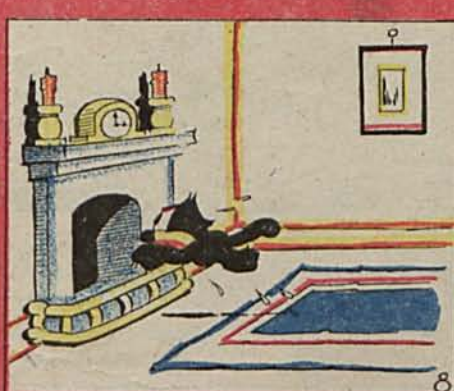
Un triciclo como este.



Una preciosa muñeca como esta.



DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.

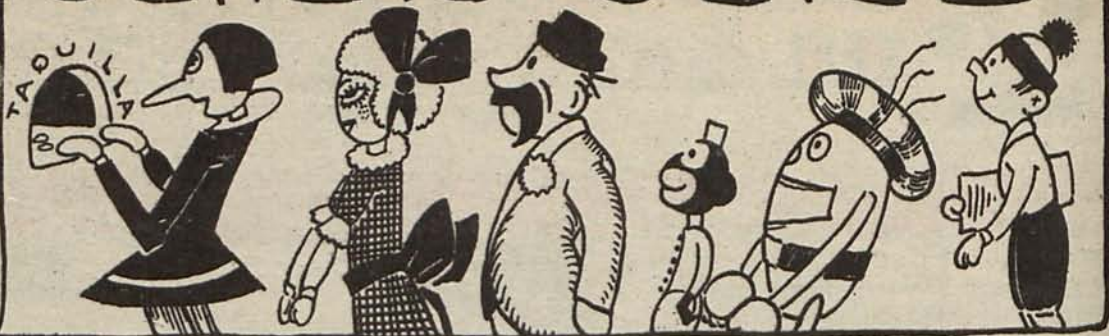


PROGRAMA
PARA HOY

EL HOMBRE
MISTERIOSO

Sensacional!

GRAN CINE



Un rescate de valor.

El valeroso jinete de la policía montada, Tom Terry, corría a caballo por una solitaria carretera. Hacía la ronda nocturna en su esplendido caballo blanco «Avión». Lo había domado Tom de tal modo, que el animal parecía entender hasta el menor deseo de su amo.

Era más de media noche, y la luna llena arrojaba su luz plateada sobre el paisaje. A la derecha del policía había un bosque espeso y oscuro; a la izquierda, corría el río Nare. La carretera seguía el curso del río durante un largo trayecto, y un alto muro evitaba al viajero descuidado caerse al río. Este quedaba a unos cuatro metros por debajo del nivel de la carretera, y Tom, desde la altura del caballo, podía ver por encima del muro las aguas que corrían rápidamente por el fondo del valle.

No interrumpía el ambiente tranquilo de la noche más ruido que las pisadas del «Avión», y de cuando en cuando el graznido de algún buho que perseguía su presa. Sin embargo, de repente, llegó a los oídos de Tom el lejano zumbido de un motor. El ruido fué haciéndose cada vez más perceptible, y a los pocos minutos Tom vió venir delante de sí, por la carretera, los potentes focos de un automóvil; estuvo viéndoles durante unos momentos y en seguida oyó un terrorífico estampido seguido de un grito desgarrador, y las luces del automóvil desaparecieron.

Tom sintió un estremecimiento, e instantáneamente se imaginó lo que era.

—El automóvil debe haber chocado contra la verja y caído al río —pensó—, y los pasajeros que vayan en él tendrán pocas probabilidades de salvarse, a menos que hayan saltado a tiempo fuera del coche.

Agitó las riendas, y el «Avión» comprendió que su amo requería de él la mayor velocidad posible. Entonces emprendió a correr hasta parecer una raya blanca; pocos segundos después estaba Tom en el sitio por donde indudablemente había caído el automóvil. La verja tenía un tremendo boquete, y el policía hizo al «Avión» ponerse sobre las dos patas traseras para poder ver bien la escena; la luz de la luna iluminó un cuadro impresionante.

Entre la corriente impetuosa aparecía la parte de atrás del automóvil; la parte delantera debía de haberse quedado incrustada en el río por lo brusco de la caída, y si es que llevaba alguien en el volante, Tom suponía que no podría salvarse, a menos que no se le prestase ayuda inmediatamente.

Desenrolló rápidamente la cuerda que siempre llevaba a prevención en la silla, y atándola por un extremo al caballo, dejó caer el resto al río; ordenó al corcel que se estuviera quieto, y el valiente policía púsose de pie encima de él y se arrojó dando una espléndida zambullida. Tom desapareció en el río y salió en seguida a la superficie, junto al automóvil; estuvo sólo un momento para respirar y volvió a sumergirse en el agua hacia la parte donde él suponía que estaba el chófer. A tientas con las manos, encontró una cosa blanda que se le figuró los vestidos de una persona; poniendo toda su fuerza en la obra, cogió a quien fuera, que ya debía de estar ahogándose, y saltó a la superficie con su carga. En el interior del coche no había nadie. Tom miró a la persona que acababa de salvar;

era un joven muy pálido, tenía los ojos cerrados y una herida en la frente.

—¡Pobre muchacho! —exclamó Tom—. ¡Todavía necesitas bastante ayuda para salir de esta!

Lo puso sobre los hombros cuidadosamente y nadó, con él encima, hasta la cuerda; agarróse a ella con firmeza y miró para el caballo que arriba aguardaba órdenes.

—¡Tira «Avión»! ¡Tira de la cuerda, por lo que más quieras! —gritó el policía.

El caballo dió la vuelta, y forzando todos los músculos de su esbelta y graciosa figura, se alejó de la orilla del río. Tom empezó a subir, hasta alcanzar la verja, al borde de la carretera.

El había oído algo de la respiración artificial, o en otras palabras, del modo de volver a la vida a un hombre que está medio ahogado. Movié los brazos del naufrago arriba y abajo, y al poco rato notó, con un estremecimiento de gozo, que el desvanecido parpadeaba ligeramente. Notó también cómo la respiración se hacía más regular, y comprendió que ya estaba fuera de peligro, aunque quizá no pudiera recobrar el conocimiento en algún tiempo. Entonces le vendó la herida de la frente lo mejor que pudo.

—Se me ocurre una idea —exclamó con la cara iluminada por una sonrisa—. Por aquí cerca existe una caseta del guardabosque, y por lo que yo recuerdo debe de tener algunos muebles, aunque hace tiempo que nadie la habita; llevaré a este pobre allá y veré de atenderlo lo mejor que pueda.

Levantó el cuerpo del muchacho hasta ponerlo encima del caballo, y lo condujo a través del bosque; el policía pronto encontró un sendero medio perdido que conducía a la cabaña, a la cual percibió al poco rato a la luz de la luna.

La puerta estaba entornada, y cogiendo al herido en sus brazos, Tom, le metió dentro. Quedaban todavía algunos trastos viejos, entre ellos un camastro en donde le colocó; luego encendió fuego y puso las ropas del naufrago a secar. Lo tapó con su capote e hizo esfuerzos por hacerle volver en sí; pero todo resultó inútil. Después que las ropas estuvieron secas, Tom registró los bolsillos de la chaqueta para ver si encontraba algo que le identificara; mas los bolsillos de la chaqueta estaban vacíos; sin embargo, al tocarla notó que sonaba algo dentro; un poco extrañado volvió a registrarla, apercibiéndose de que dentro del forro había alguna cosa escondida. La descosió con el cortaplumas, y entre el forro y la tela encontró un gran fajo de billetes de Banco.

—¡Caramba con el naufrago! —exclamó Tom, que no salía de su asombro—. ¡Aquí hay una fortuna!

La pista del botón.

El policía comprendió que todo aquello requería una investigación, puesto que allí había algo más de lo que parecía a primera vista.

—Será mejor llevarlo a la Jefatura de Policía de Shefford y ver lo que el jefe opina de todo esto —se dijo.

Recogió las ropas y se puso a vestirlo; al hacerlo notó una cosa que no había notado antes. El hombre aquel misterioso tenía un objeto apretado en la mano derecha; el policía se la abrió suave-





mente y sacó de ella un botón, al cual estaba adherido un trozo de tela oscura. Tom examinó la chaqueta, pero vió que el botón no era de

allí. Se presentaba, pues, otro misterio que añadir al primero.

El herido pronto estuvo vestido con la ropa seca.

La cabaña tenía una ventana por la que el *Avión* asomaba de vez en cuando la cabeza para inspeccionar los movimientos de su amo, con aire interrogador, y Tom contemplaba el botón haciendo conjeturas sobre tan extraño caso.

De repente oyó ruido de pasos que se acercaban a la cabaña; volvióse hacia la puerta para ver quién venía, y alguien levantó el pestillo desde fuera con ánimo de entrar. En el umbral de la puerta se dibujó la silueta de un hombre alto y grueso, con cara astuta y ceñuda; sin embargo, el semblante de aquel individuo se iluminó con una sonrisa; pero era la sonrisa de una persona que inspira poca confianza.

—¡Me alegra que lo haya cogido usted! —exclamó el desconocido, acercándose a la cama—. Es usted verdaderamente hábil.

—¿Conocía usted a este hombre, entonces? —preguntó Tom, al mismo tiempo que lo escrutaba con la mirada y notaba la falta del botón de arriba de la chaqueta. El policía pensó que el botón que él tenía en la mano encajaría muy bien allí.

—¿Que si le conozco? Es el que robó esta tarde al cobrador del Banco de Shefford, que ha huido llevándose una buena cantidad de billetes. Supongo que usted los habrá encontrado.

—Efectivamente, los tengo en mi poder.

—Parece usted un policía muy inteligente y ya me ocuparé yo de que su buen comportamiento llegue a oídos del jefe.

—Es usted muy amable —respondió Tom secamente—. ¿Y cómo sabía usted que yo estaba aquí?

—Porque yo soy el representante del Banco, que me ha encargado buscar al ladrón. Venía persiguiendo a este joven; pero al pasar por aquí vi luz en la cabaña y al ver también su caballo de usted junto a ella supuse que el pájaro había caído en buenas manos. Así es que deje usted que yo me encargue del dinero, y yo le acompañaré a llevar al joven a la Jefatura de Policía.

—Dice usted muy bien, Silas Brown —dijo Tom—. Vendrá usted conmigo a la Jefatura, y así llevaré dos detenidos en lugar de uno.

—¡Cómo! ¿Qué dice usted? ¿Se ha vuelto usted loco? —gritó el desconocido, cambiando la sonrisa por una expresión de amenaza.

—No; no estoy loco. Lo que pasa es que le he reconocido a usted, a quien hace tiempo busca la policía; ahora recuerdo su cara y la de este otro, por haber visto las fotografías en el archivo de la Jefatura.

—¡Miente usted! —gritó Brown, encolerizado.

—Para que vea usted que no miento, le voy a contar cómo ha sido la cosa —continuó diciendo Tom—. Entre usted y este otro llevaron a cabo el robo, y mientras huían en un automóvil riñeron ustedes. En la lucha, el automóvil salió fuera de la carretera, cayendo al río; usted tuvo la suerte de saltar a tiempo, con intención de apoderarse más tarde del botín...

Brown apretó los dientes con rabia, pero no dijo nada.

—Pero he aquí que me meto yo por el medio y les estropeo a ustedes la combinación. Cuando saqué a su cómplice del agua estaba usted escondido en el bosque y me ha seguido hasta aquí, creyendo que iba usted a poder engañarme para que le entregara el dinero.

—Bueno; y si es así, ¿qué? —gruñó Silas—. O por las buenas o por las malas me lo he de llevar.

Y llevó la mano derecha al bolsillo de atrás del pantalón; pero Tom, que ya sabía con qué persona peligrosa tenía que habérselas, se abalanzó hacia él y le cogió por el brazo con su mano de acero.

Los dos contrincantes se zarandearon mutuamente en una lucha desesperada, sin que ninguno de los dos llevase ventaja sobre el

otro; hasta que Tom tropezó con las piernas en la cama y cayó sobre ella; se aflojó al caer la mano con que tenía cogido el brazo del otro, que rápidamente se desasíó de él, y el policía recibió un golpe en la cabeza con un arma, que le hizo perder el conocimiento.

—¡Se creía muy listo, pero aún hay quien le gana! —dijo Brown, sarcásticamente—. Lo que me extraña es cómo ha podido adivinar... ¡Ah! ¡Ya comprendo! ¡Ha encontrado este botón, y con esto encontró la pista! Ahora recuerdo que Sam me lo arrancó en la refriega. Voy a atarlos a los dos juntos, y cuando llegue el día ya estaré yo a salvo con los billetes.

Cuando Tom volvió en sí encontráse en el suelo atado, y vió que Brown estaba haciendo lo mismo con el que había sido su cómplice. El policía reflexionó un momento sobre el partido que debía de tomar. Aunque atado e indefenso, tenía un aliado en quien podía confiar; más de una vez el intrépido *Avión* había sacado a su amo de un peligro, y esperaba que lo hiciera en esta ocasión también.

—¡Socorro, *Avión*, socorro! —gritó todo lo más alto que pudo.

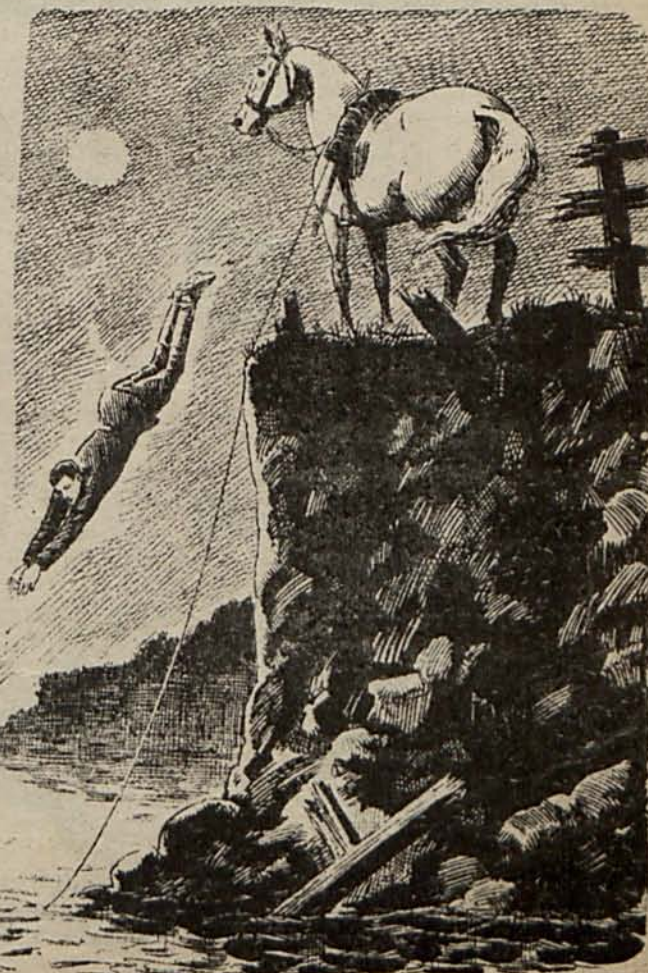
Brown se volvió a él, amenazándole con los puños cerrados.

—¡Yo te haré callar! —rugió saltando sobre el policía.

Pero encontró una resistencia con la que no contaba, porque el *Avión*, acudiendo a la llamada de su amo, asomó las cabeza por la ventana y clavó los dientes en el cuello del malhechor. Este luchó por desasirse, pero el caballo le sacudió de tal modo que lo dejó sin respiración.

En tanto, el policía consiguió cortar las ligaduras y ponerse en pie. Brown, amedrentado por el *Avión*, no se atrevió a oponerse cuando Tom le maniató. Un poco más tarde, el Jefe de Policía quedó agradablemente sorprendido al ver llegar a Tom a la Jefatura de Shefford, con los dos prisioneros y el fajo de billetes que habían robado.

Fué una captura verdaderamente hábil, aunque a no ser por el caballo no hubiera podido ser tan rápida.



MATARILE, RILE, RILE

ACTO I

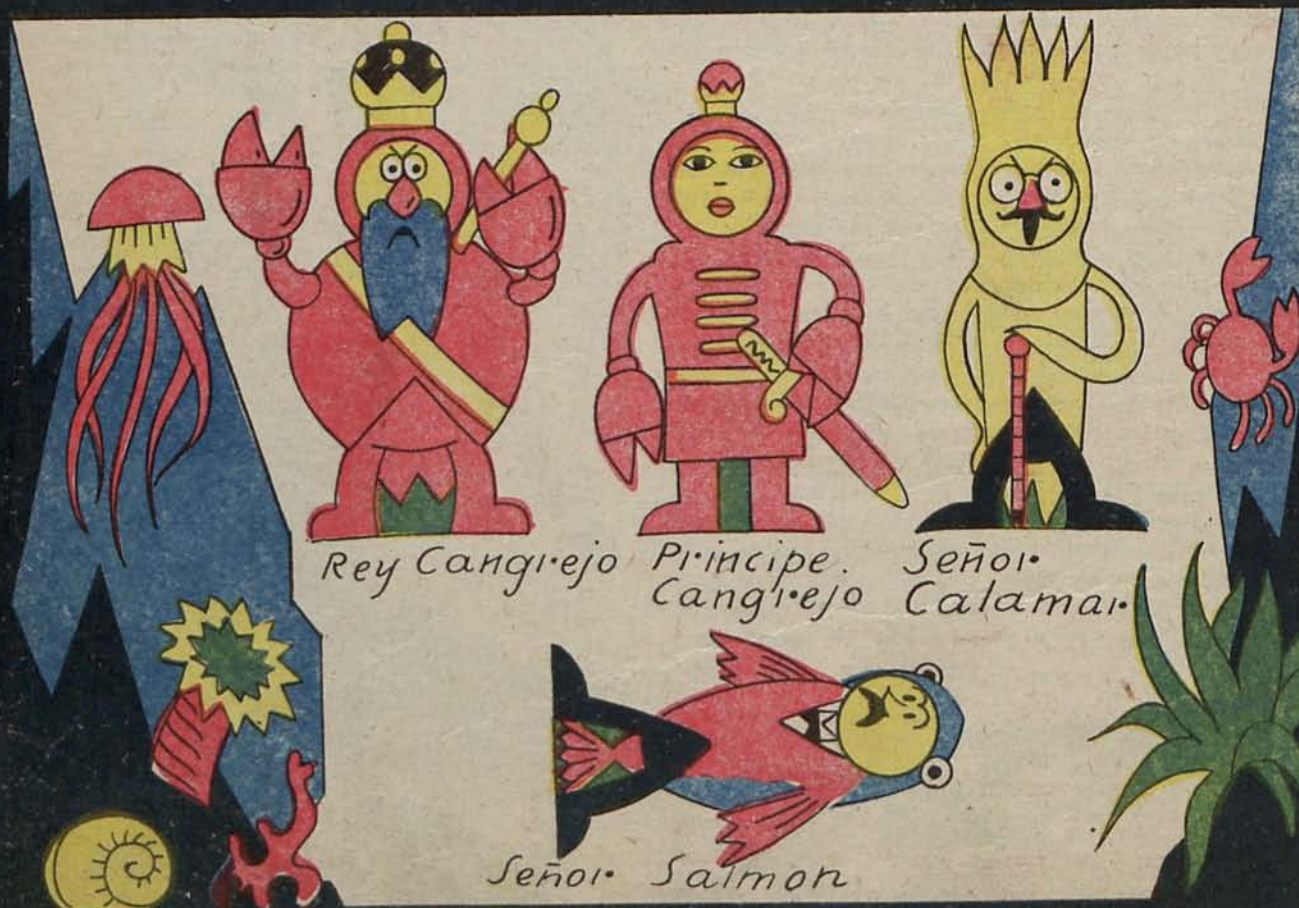
4



MATARILE, RILE, RILE

ACTO II

2



EL TEATRO DE PINOCHO

MATARILE, RILE, RILE

COMEDIA EN TRES ACTOS

ACTO PRIMERO

La escena es en un jardín público. Alguna fuente o estatua resuscita un cuento infantil. Voces de niñas y niños, canciones de corro y gritos de otros juegos. Al levantarse el telón sale a escena el mago Catifurcio. Es un mago moderno y va vestido, aunque de modo extraño, al uso moderno, porque si no no le dejarían salir a la calle.

VOCES DE NIÑAS. (Cantando dentro.) ¿Dónde vas, Alfonso XII? ¿Dónde vas, triste de ti?

VOCES DE NIÑOS. (Dentro.) ¡«Chuta» aquí! ¡«Chuta» aquí! ¡Fue! ¡«Penalty»! ¡«Goal»! ¡«Goal»! ¡No, no; ha sido «palo»!

CATIFURCIO. ¡Estoy desesperado! ¡Estoy desesperado! Estoy que si no me he pegado ya un tiro es por si atino y me mato. ¡Esto que a na qué ocurre, le pasa a otro cualquiera, y le tienen que dar sales para reanimarle! ¡Estar cuarenta años trabajando, siendo un mago decente, y que cuando le llega a uno la edad de descansar, se compre una butaca y un castillo, con unos pocos ahorros, para que, de la noche a la mañana, se venga abajo todo el castillo de ilusiones!... Bueno, yo no sé cómo no me he vuelto loco perdido... Además, ¿por qué demonios se me ocurriría a mí pasear por el puerto esta tarde?... ¡Iba yo tan contento, porque acababan de entregarme las llaves de mi nuevo castillo, cuando, ¡zas!, se me caen al agua las llaves. ¡Creí que me daba algo! Las vi hundirse en el agua, hasta que ya parecían peces, y luego ya ni se las veía... Y aquí estoy sin poder entrar en mi castillo, porque como es un castillo encantado, no se puede abrir más que con esas llaves, y diciendo al darles la vuelta en la cerradura: *Kati-pati-Tupi-Tupi... Abre! n portan.* ¡Hay que ver que es mala suerte la mía, porque si se me caen en otro sitio cualquiera, como soy mago, puesto no tendría más que decir: *Una cosa se me ha ido, cinco veces lo diré, y si no viene a mis manos, a buscarla me pondré*, y en seguida las llaves hubieran venido a mí, aunque estuvieran en el fondo de un pozo, en el cráter de un volcán o en una caja fuerte del Banco. Pero en el mar no me es posible hacer nada. Los magos de la tierra no tenemos ningún poder en el mar, y yo, ni siquiera puedo meter un pie en el agua, porque el mago Cangrejo es uno de mis peores enemigos, y uno de los magos más poderosos de las regiones marinas. ¡Y aquí estoy sin poder sacar mis llaves! ¡Ay, si no fuera por eso...! Si no fuera por eso, pues, cogería una caña de pescar y me iría al puerto. Echaría al agua el anzuelo y no tendría más que decir:

*Llavecita, llavecita,
convíertete en pescadito
y nada por el agüita
y muérdeme el anzuelito.*

Los magos lo arreglamos todo con aleluyas mágicas. Y las llaves hubieran vuelto a mi poder. Pero, en el mar, nada, nada me es posible, y aquí estoy que no sé que hacer, porque, sin llaves, es como si no tuviera castillo, porque las ventanas están muy altas y cerradas por dentro. Y, teniendo un castillo como el que tengo, no hay cosa más triste que tener que quedarse en la calle. ¡Cuando yo digo que es para desesperarse! La única manera que hay para rescatar las llaves, es que una niña de menos de diez años baje por ellas al fondo del mar. Contra ella, no hará nada el mago Cangrejo, si yo le doy la varita respiratoria, que es indispensable para que no se ahogue. ¡Si alguna niña quisiera bajar al fondo del mar! Tengo que buscar.

Pero lo malo será que me tomen por un ladrón de niñas y me metan en la cárcel. Ahí viene un grupo de niñas. ¡Si yo me atreviera a proponérselo de alguna manera! ¡Ah, ya está! Haré como que juego con ellas, y, jugando, jugando, se lo diré. Aquí vienen...

Entran Angelita y las niñas del corro.

UNA NIÑA. ¡Aquí! ¡Aquí es mejor!

OTRA NIÑA. Sí, sí.

ANGELITA. ¿A qué jugamos?

OTR. NIÑ. Al matarile...

OTR. NIÑ. ¡Eso, eso!

CATIFUR. ¡Eso, eso! ¡Muy bien! Yo también juego.

UNA NIÑ. ¿Quién es este señor tan facha?

OTR. NIÑ. Algún chiflado.

CATIFUR. Yo juego, yo juego también. Vamos. (Aparte.) Es la mejor manera de decirles lo que me pasa. Prepararse. Vamos.

(Cantando):

Yo tengo un castillo,

matarile, rile, rile.

Yo tengo un castillo,

matarile, rile, ron.

Las niñas se han quedado un momento sin saber qué hacer; pero, de pronto, se deciden todas a un tiempo, se cogen de la mano, y continúan la canción:

NIÑAS.

¿Dónde están las llaves?

matarile, rile, rile.

¿Dónde están las llaves?

matarile, rile, ron.

CATIFUR.

En el fondo del mar,
matarile, rile, rile.

(Hablando).

Y no las engañeo...

(Cantando).

En el fondo del mar,

matarile, rile, ron.

NIÑAS.

¿Quién las va a ir a buscar?

matarile, rile, rile.

¿Quién las va a ir a buscar?

matarile, rile, ron.

CATIFUR.

(Hablando aparte.) Menos mal que, como soy mago, sé el nombre de estas niñas, porque, si no, había hecho el tonto. (Cantando):

Margarita pelos tiesos,

matarile, rile, rile.

Margarita pelos tiesos,

matarile, rile, ron.

Las niñas callan un momento, como si estuvieran decidiendo la contestación. Luego, cantan:

NIÑAS.

Ella dice que no,

matarile, rile, rile.

Ella dice que no,

matarile, rile, ron.

CATIFUR.

Pepa, la del traje azul,

matarile, rile, rile.

Pepa, la del traje azul,

matarile, rile, ron.

LAS NIÑAS. (Después de decidir un momento.)

Ella dice que no,

matarile, rile, rile.

Ella dice que no,

matarile, rile, ron.

CATIFUR.

(Hablando, aparte.) ¡Vaya, pues no va a ser ninguna! (Cantando.)

Angelita, trenzas rubias,

matarile, rile, rile.

Angelita, trenzas rubias,

matarile, rile, ron.

LAS NIÑ.

Ella dice que sí,

matarile, rile, rile.

Ella dice que bueno,

matarile, rile, ron.

CATIFUR.

Pues que baje en seguidita,

matarile, rile, rile.

Pues que baje en seguidita,

matarile, rile, ron.

LAS NIÑ.

¿Qué oficio la va usted a dar?

matarile, rile, etc.

CATIFUR.

Sindicato de la aguja,

matarile, rile, etc.

LAS NIÑ.

Ella dice que no,

matarile, rile, rile.

porque se va a pinchar,

matarile, rile, ron.

CATIFUR.

Señorita del metro,

matarile, rile, rile.

de las que pican billetes,

matarile, rile, ron.

LAS NIÑ.

Ella dice que no,

matarile, rile, rile.

dice que es muy cansado,

matarile, rile, ron.

CATIFUR.

(Aparte.) ¡Caray, pues no aciertol! ¡Ah, hombre, qué torpe soy! ¡No me acordaba! (Cantando.)

Peinadora de la reina,

matarile, rile, etc.

LAS NIÑ.

Ella dice que sí,

matarile, rile, etc.

CATIFUR.

¡Pues que venga ahora mismo!

matarile, rile, rile.

que necesito las llaves,

matarile, rile, ron.

LAS NIÑ.

¿Qué la va usted a regalar?

matarile, rile, rile.

¿Qué la va usted a regalar?

matarile, rile, ron.

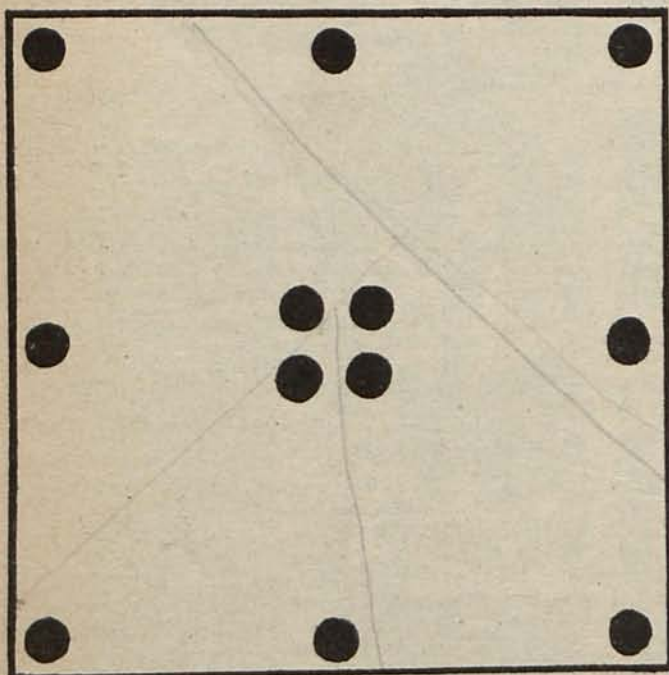
(Continuará en el número próximo.)

CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

¿QUIÉN PONE EL CASCABEL AL GATO?

Roequeso y Ratonilda convocaron un día a sus compañeros a una gran asamblea con objeto de poner un cascabel a cada uno de los tres enormes gatazos de la casa. Mientras hablaban, los gatos estaban ocultos entre los enseres de la guardilla, prontos a salir y devorar a tan docta asamblea. ¿Dónde se hallaban escondidos?

LOS DOCE PUNTOS

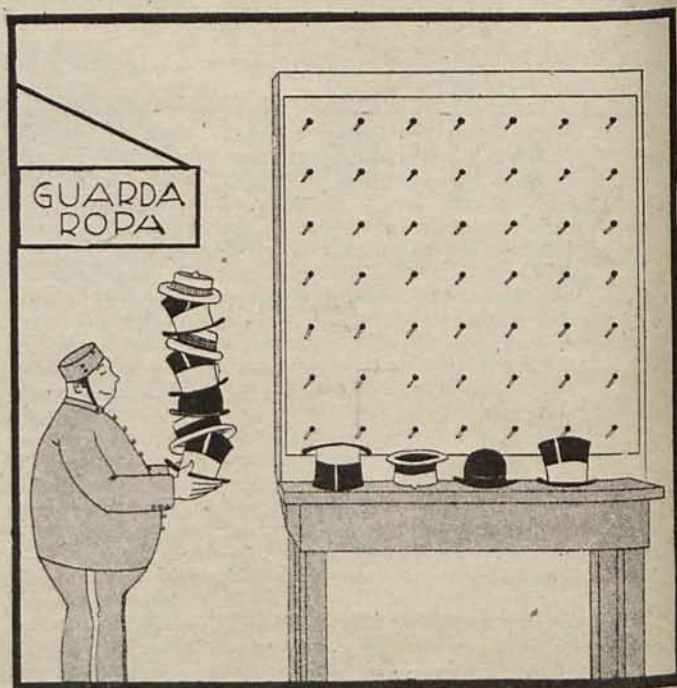


Estos doce puntos que hay dentro de este cuadrado no creáis que son puntos filipinos, no; son puntos geométricos; y ¿sabéis lo que hay que hacer con ellos? No, ¿verdad? Pues prestad atención:

El cuadrado tenéis que dividirlo en cuatro partes iguales de forma que dentro de cada parte queden encerrados tres puntos. ¿Veis qué sencillo?

Para dividirlo no es preciso que lo cortéis, basta con unas líneas con lápiz.

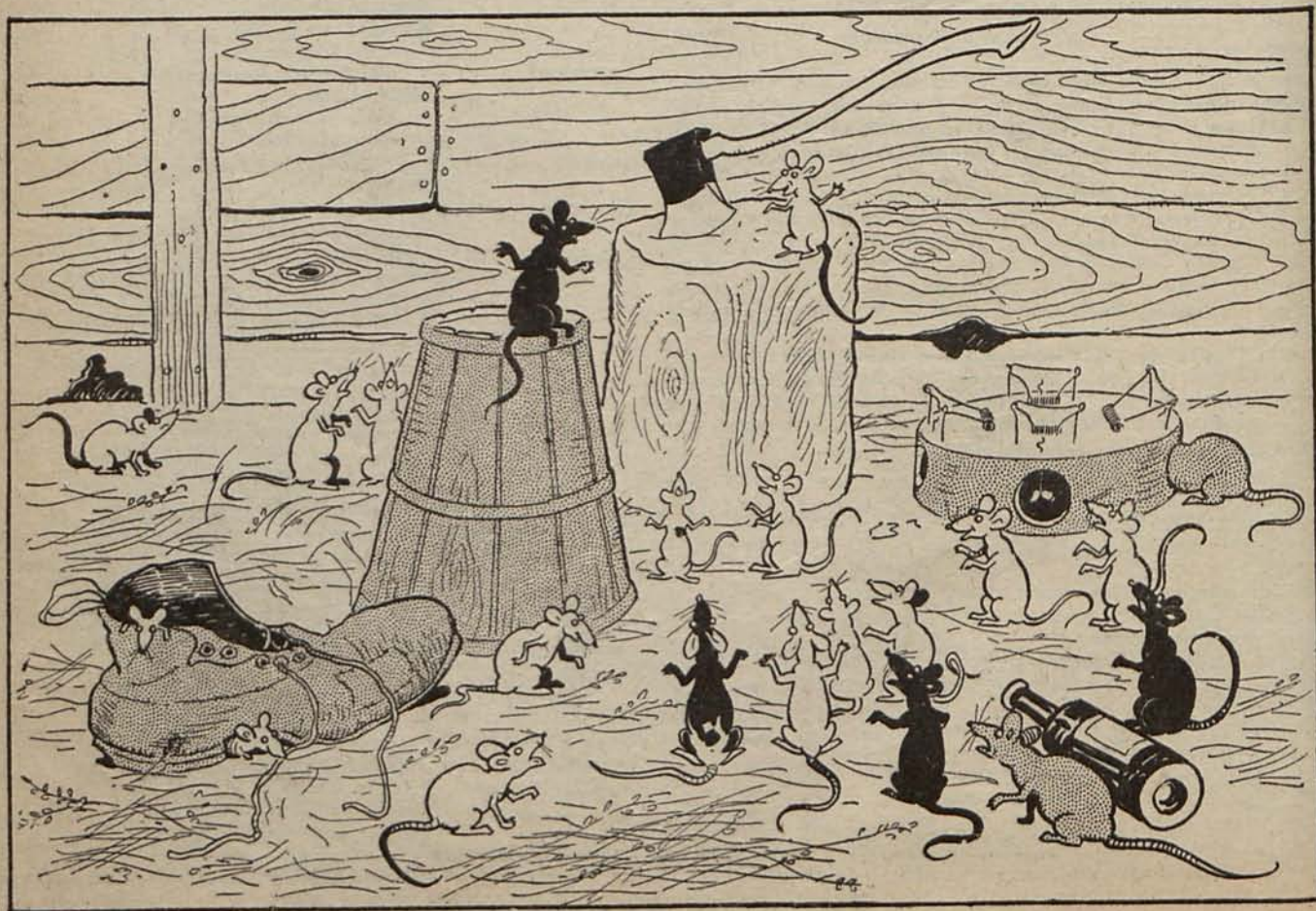
LOS SOMBREROS



Este botones, como veis, está empleado en el guardarropa de un casino. Un día le dieron a guardar veinte sombreros y los colocó de manera que, tanto en las líneas horizontales como en las verticales y oblicuas, había cuatro sombreros, y el número total de líneas fué diez y ocho.

¿Cómo estaban colocados los sombreros?

Podéis hacer el problema con botones, y cuando mandéis la solución indicad el sitio de cada sombrero con un punto grueso.



COLABORACION PINOCHISTA



Flamenca.
DOLORES
CASTAÑO.
16 años.
Madrid.



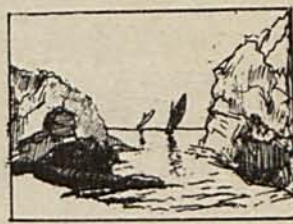
Pinocho.
ANTONIO M.
VEGA DE SROANE.
Once años.
San Sebastián.



Carmencita.
ROSARITO CAS-
TAÑO.
Diez años.
Madrid.



Un pescador.
A. M. V.
Once años. San Sebastián.



Una escudra.
JOSÉ L. DE LAS MOKENAS.
Nueve años. Madrid.



Mi perro
policia.
CARMEN PERE-
DA.—14 años.
Madrid.



Mis amigos
DOLORES SALGADO.
Quince años. Madrid.

—¿Por qué te comistes el tur-
rrón, Juanito?

—Porque ayer mamá me dijo
que no dejara para mañana lo
que podría hacer hoy.

EDELBERTO SOTO J.
Doce años.

¿En qué se parece un toro a
un triángulo?

En que el toro es una res; res,
en catalán, significa nada; el
que nada no se ahoga, flota; la
flota es igual a la escudra y la
escudra igual al triángulo.

¿Cuál es el animal que tiene
todos sus hijos en la iglesia?

El pulpo, porque sus hijos
son pulpitos.

CONCHITA ORIA.
Laredo.

Un señor manda a su criado,
por cierto negro, a que le lleve
un baúl.

—Mi amo, yo no querer ser
excursionista.

—¿Y quién te dice que lo
seas, zopenco?

—Osté querer a mí hacerme
correr mundo.

JOSÉ MONTANER.
Doce años. Huesca.

Francisco.—¿Cuál es el San-
to que en su nombre tiene me-
nos letras?

Venancio.—¡j...!

Francisco.—La virgen de
la O. Pues queda otro que tie-
ne menos letras.

Venancio.—¡j...!

Francisco.—San Casio. Pues
aún queda otro que tiene me-
nos letras.

Venancio.—¡j...!

Francisco.—Pues San Nica-
sio.

FERNANDO MONTOYA.

¿Cuál es el mejor medio para
leer con fruto?

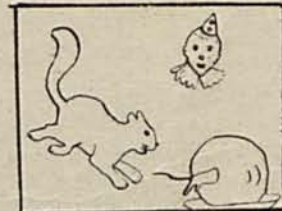
Coger una manzana o un
higo y no soltarle de la mano
mientras se lee.

Un hombre muy feo amena-
zó con una reyerta a un chiqui-
llo, y éste le provocó a que le
pegase.

—¿Qué es eso! —dijo el
feo.—¿Tú me haces cara a mí?

—Si yo te la hiciera —repli-
có el chico—, la tendrías me-
jor, y echó a correr.

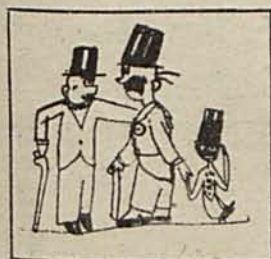
RICARDO S. RUIZ.
Once años.



El gato y el ratón.
MERCEDES REY.
Trece años. Habana.



Hermínio.
A. MARTÍNEZ.
12 años. Cuenca.



Mis amigos.
ISABEL LASTRES.
Diez años. Alicante.



Samitier.
A. M.
Doce años.



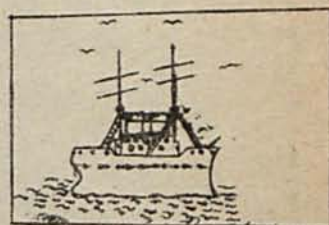
La lección de piano.
ALICIA MARTÍNEZ.
Trece años. Madrid.



Un castillo.
M. S.
Once años. Segura.



Fleta.
RAMÓN MAR-
TÍNEZ.



Un barco.
MARY SARASOLA.
Once años.



Mis amigos

J. A. VALDÉS.



Del Campo.

J. MARTÍ-
NEZ.
14 años.
La Jara.



Juantegui.

J. M.
Catorce años.



Pilarín.
J. L.
Diez años. Alicante.



Dolores.
L.
Diez años.



Chapete.
J.
Once años.



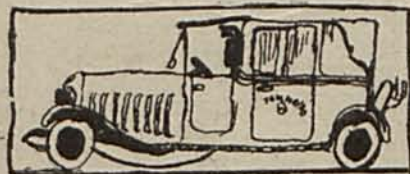
Pinocho.
M. REY.
Trece años.



Concepción.
R. CASTAÑO.
Diez años.



Aviador.
D. C.
Diez y seis años.



Un taxi.
FÉLIX GARCÍA.
Madrid.



Marina.
CARMELO BLANCO PALAMÓS.
Diez años. Girona.



Un barco.
SALUSTIANO GUTIÉRREZ.
Trece años. Barcelona.

Los Pinochistas cuyos trabajos
se publiquen en esta sección ten-
drán derecho a pedírnoslos diez
ejemplares del número en que
su trabajo aparezca al precio
especial de 30 centimos.



Molina.
LUIS VEGA.

Regalos mensuales a los suscritores.

Todos los meses sorteamos exclusivamente entre nuestros suscritores los cinco premios siguientes:

- Primero...** 25 pesetas en dinero efectivo.
Segundo... 15 pesetas en libros de Cuentos de Calleja.
Tercero... 10 pesetas en libros de Cuentos de Calleja.
Cuarto... 5 pesetas en libros de Cuentos de Calleja.
Quinto... 3 pesetas en libros de Cuentos de Calleja.

TAPAS PARA encuadernar "PINOCHO"

Ya están hechas las tapas. Son preciosas. Están estampadas en varios colores y son de tela inglesa fuerte y bonita.

Con los números publicados en 1925 se hacen dos tomos. Por tanto, hacen falta dos tapas. Sus precios son los siguientes:

Para los suscritores:

Cada tapa, 3,00 pesetas.

Las dos de 1925, 6,00 pesetas.

Para los lectores:

Cada tapa, 5,00 pesetas.

Las dos de 1925, 10,00 pesetas.



ta, o estropeada, o rota por haber cortado los cupones. Estas Colecciones Completas y encuadernadas con las preciosas tapas especiales para los Pinochistas, se venden a los siguientes precios:

Colección Completa de todos los números publicados hasta Diciembre de 1925:

(Dos tomos preciosos encuadernados en tela.)

Para los suscritores, 30 pesetas.

Para los lectores, 35 pesetas.

También hemos hecho tomos encuadernados con la Colección Completa de **PINOCHO**, a petición de muchos Pinochistas que tienen su Colección incompleta.

En Julio encuadernaremos los números de los meses de Enero a Junio de 1926 y los venderemos también en soberbios tomos encuadernados.

CORRESPONDENCIA

José Rodríguez Arce.—Recibo tus dibujos y tu carta. Los reyes están muy bien, hablando, y todos los han reconocido. Se publicarán. Lamento muchísimo que no te haya tocado nada en este sorteo; pero estoy por asegurarte que otra vez, sin duda, te tocará algo. Al tiempo.

Carlos Alberto Amadeo.—Estupendo el dibujo, extraordinario. ¿Que si lo publico? ¡Naturalmente! Da mi más afectuosos recuerdos a todos los Pinochistas de ahí. Si ves a Franco —y claro que lo verás— también le das un abrazo de parte mía.

Juan García Blanco.—Muy bien, admirable. Pero la tinta, querido Juan, debe ser negra, muy negra, y no es preciso que sea china.

Antonia Belmonte Sautelices.—Tu cuento es muy largo, extremadamente largo. Puedes hacer, dado el talento que tienes, un cuento más reducido —cuarenta líneas— y lo publicaré, entonces, con mucho gusto. No olvides el cupón.

Pedro López Fernández.—Ya no admito problemas, sólo dibujos, cuentos, chistes e historietas. Desde que hacemos nosotros, Paco Morronguis y yo, los pasatiempos, no admitimos para estos concursos. Sin embargo, el tuyo es tan precioso, que podré publicarlo como dibujo, ya que no puede ser como problema. ¡Estamos!

Lolita y Gloria Gómez.—¿Disgustadas conmigo? ¡Imposible! Ya veréis cómo los números os llegan con una extraordinaria anticipación, como he prometido. Cumpliré y cumpliré. Y con relación a vuestros trabajos, os diré que, dado el tiempo transcurrido, están próximos a publicarse.

Recibid el cariño de Pirula y Anita, el afecto de Potipán, Cañamón y Morronguis, y un abrazo apretado y torneado de vuestro mejor amigo de madera.

Francisco Salas Bueno.—¡Tinta negra!

Maria Luisa Arribas y Berthe.—Encanta con el «pollo». Una verdadera maravilla como dibujo. Se publicará.

Manolo Soler y Jiménez.—Tu Pinocho y tu Chapete volando hacia Buenos Aires están muy bien. Pero... ¿por qué no has em-

pleado la tinta negra? Por este simple detalle no puedo publicar tu aeroplano que es, la verdad, admirable.

Santiago Cabezas.—Aunque me pides que te conteste particularmente, no puedo hacerlo por falta de tiempo. Como se trata de tus dibujos, ello es cosa que puede decirse en público, y muy en alta voz. No quiero agotar adjetivos. ¿Para qué? Sin duda alguna, eres tú el primero convencido de la excelencia, grandeza y magnificencia de tus obras. ¿Que si saldrán? Y a la mayor brevedad posible.

Felicitaciones, y un abrazo de Morronguis, y otro de Don Turulato, y otro de Cañamón, y otro, y otro, y muchos más.

Juan Ansaldo Paredes.—Los problemas los hacemos ahora, como ya indicamos a tiempo, Paco Morronguis y yo. Envíame otras cosas. Tú tienes demostrado tu valor como dibujante. Te admiro en este terreno.

Andrés Bello Salgado.—Tu cuento está bien y lo publicaré. Puedes comunicarlo a tu primita Lolita que Pirula y Anita esperan con expectación sus trabajos.

Juan Laza Goicoechea.—¿Y el cupón?

Pedro Sanjuán López.—Estoy convencido de tu valor como cuentista, pero, ya ves: de los tres cuentos que me mandas, sólo uno aparecerá en PINOCHO, pues los demás, por falta de cupón, me veo obligado a meterlos en el arca de los treinta candados.

Augusto Fuente Salcedo.—Bien. Se publicará. Te honran esos chistes.

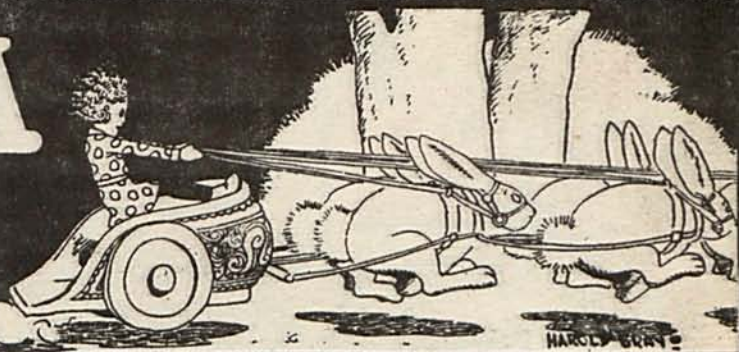
Daniel Pérez.—He recibido tus dibujos y tu carta. No tendré que esforzarme para comunicarte la impresión agradabilísima que me han producido tus obras. Espero con ansiedad ese «dibujo estupendo» que me prometes.

Recuerdos de Potipán, Cañamón, Paco Morronguis, Currinche, Turulato, Pirula y Anita. Un abrazo mío, apretadísimo.

CUPÓN DE COLABORACIÓN	
El Pinochista D.	
calle de	
núm.	Pueblo
	Prov.
envia un (1)	
para que se publique cuando sea posible.	
(1) Indíquese lo que sea: dibujo, historieta, chiste, cuento.	

ANITA

BUEN-CORAZON



SI SUPIERAS LEER, AMIGO PELUCHO, TE ENTERARÍAS POR ESTE LIBRO DE COMO VIVÍAN EN LA TIERRA EN LOS TIEMPOS PRIMITIVOS ¡Y QUE ANIMALES MÁS RAROS HABÍA ENTONCES!



LO QUE NO SÈ ES SI ENTONCES LA LECTURA DABA EL MISMO SUEÑO QUE DA AHORA



¡¡ZAPATETA!!



¡TOMA! ¡A MI NO ME DA MIEDO NI EL COCO!

¡GUAU! ¡GUAU!

HABRÁS VISTO, PELUCHO, QUE ESTOS ANIMALES PREHISTÓRICOS EN CUANTO SE LES DA UN PORRAZO EN LA CABEZA SE QUEDAN ATONTADOS



¡MIRA! ¡MIRA! ¡ESE ES UN LAGARTO SALTARÍN! PERO NO SE ACERCA PORQUE LE TIENE MIEDO A LA PORRA



YA TE IRÁS CONVENCIENTDO, PELUCHO, DE QUE EL TALENTO ES MUY ÚTIL. ESAS FIERAS, A PESAR DE SER TAN GRANDES NO SE ATREVEN CONMIGO QUE SOY TAN PEQUEÑITA



¡¡¡SOCORROOO!!!



¡OJALÀ TE DISLOQUES EL PESQUEZO! ¡ASÍ APRENDERÁS A RESPETARNOS, SO MELÓN!



¡CIELOS! ¡QUE ME CAIGO!



¡CARAY! ¡CREÍ QUE ME HABÍA HECHO UN CHICHÓN MAYOR QUE MI CABEZA! PERO TODO HA SIDO UN SUEÑO. ESTE MALDITO LIBRO HA TENIDO LA CULPA

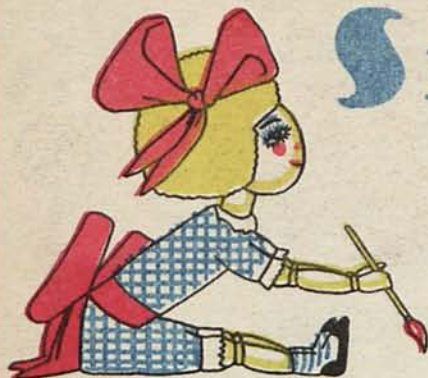


¡TU ERES FELIZ, PELUCHO, PORQUE COMO NO SABES LEER NO SUEÑAS CON ESTAS COSAS TAN RARAS!



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright 1925 by The Chicago Tribune

Sección Pirula



CHARLAS DE PIRULA

Hay momentos en que casi siento no ser toda una persona con muchos años y con pelo gris, boca severa y con gafas redondas y todo. Así, ahora quiero hablaros de... una cosa tan fea y desagradable que apenas me atrevo a nombrarla; de... ¡de la... mentira!

Si yo fuese una persona seria y sesuda os explicaría por qué es tan odiosa la mentira y por qué el mentir



es uno de los peores pecados que existen. Os diría que así como una persona holgazana y desordenada es fácilmente sucia, asimismo una persona embustera está fácilmente abocada a... ¡robar! (Como que un refrán francés dice: «Todo embustero es ladrón».)

Pero yo no soy una persona mayor, ni pequeña tampoco: soy solamente una muñequita y entiendo poco de cosas serias. Por eso os digo solamente, al oído y guiñándoos un ojo con algo de picardía: «No mintáis nunca, amiguitos, que no trae cuenta».

Y es que da la casualidad de que siempre la mentira se revuelve contra el que la dice. (A esa casualidad le llamaría yo castigo de Dios.)

Sin ir más lejos, os contaré lo que le sucedió a Lili.

Lili estuvo un día invitada en casa de una amiguita suya. Se sirvió una suculenta merienda. Entre otras cosas había pasteles de crema, de los que se dió uno a cada niño. Servidos todos los niños, quedó uno de estos pasteles en la bandeja, el único de café. Todos los demás eran de chocolate.

Lili era horriblemente golosa. Se comió su pastel aprisa, y corriendo, antes de que nadie empezase a merendar. Y he aquí que la señora de la casa pasó revista a los señores invitados en el momento en que mojaba cada cual su bollo en su vaso de leche. Al ver que Lili era la única que no tenía pastel, le preguntó el motivo de esta excepción.

Lili pudo haber confesado sin inconveniente su pequeña golosina; pero ¡ay! Lili (a mí sí que me duele confesar esto) era un poco falsa y no quiso mostrarse, sencillamente, tal cual era; además, a los embusteros

lo primero que se les ocurre siempre para salir de cualquier apuro es una mentira; por último, Lili había visto que sobraba un pastel y...

Total que contestó:

«No tengo pastel porque se han olvidado de dár-melo.»

Al punto, la señora cogió el pastel de crema de café (de café, fijaos bien), y se lo dió.

La continuación de mi verídica historia es muy triste.

Aquella noche, Lili se puso mala; le dolió horriblemente la tripita y la cabeza; tuvo flebre, luego se le hincharon las piernas, y estuvo días y días sin poderse mover.

Y sus papás se enteraron de que la pastelería donde fueron comprados aquellos pasteles había sido clausurada, porque un día (el día de la merienda en cuestión) se hizo crema de café en un perol de cobre un poco sucio, y cuantas personas comieron aquella crema padecieron intoxicación.

Así fué como quedó Lili castigada por su golosina, por su mentira y por su robo (tres cosas que van juntas y suelen sucederse casi siempre), puesto que aquel pastel de café no le correspondía.

Se curó de su enfermedad... y de sus defectos; hoy ya es toda una señora y puede que hasta se haya olvidado de aquella historia.

Pero yo no oliviré nunca la confesión que durante aquellos días de sufrimiento me hiciera al oído (las muñecas ¡somos tantas veces las confidentes de las niñas!) llorando de remordimiento; porque Lili —¿verdad que lo adivinasteis?— fué mi pequeña mamá...

PIRULA, BORDADORA

Para hacer contraste con la historia de la embusterrilla Lili, que os cuento hoy y que es un poco seria, os presento este gallo cantarin y batallador, que, recortado en paño o bayeta roja, amarilla y verde, adornará maravillosamente los bolsillos de vuestros delantales.

